

6211

JOSÉ RAMOS MARTÍN

LA LEYENDA DEL MAESTRO

COMEDIA EN DOS ACTOS

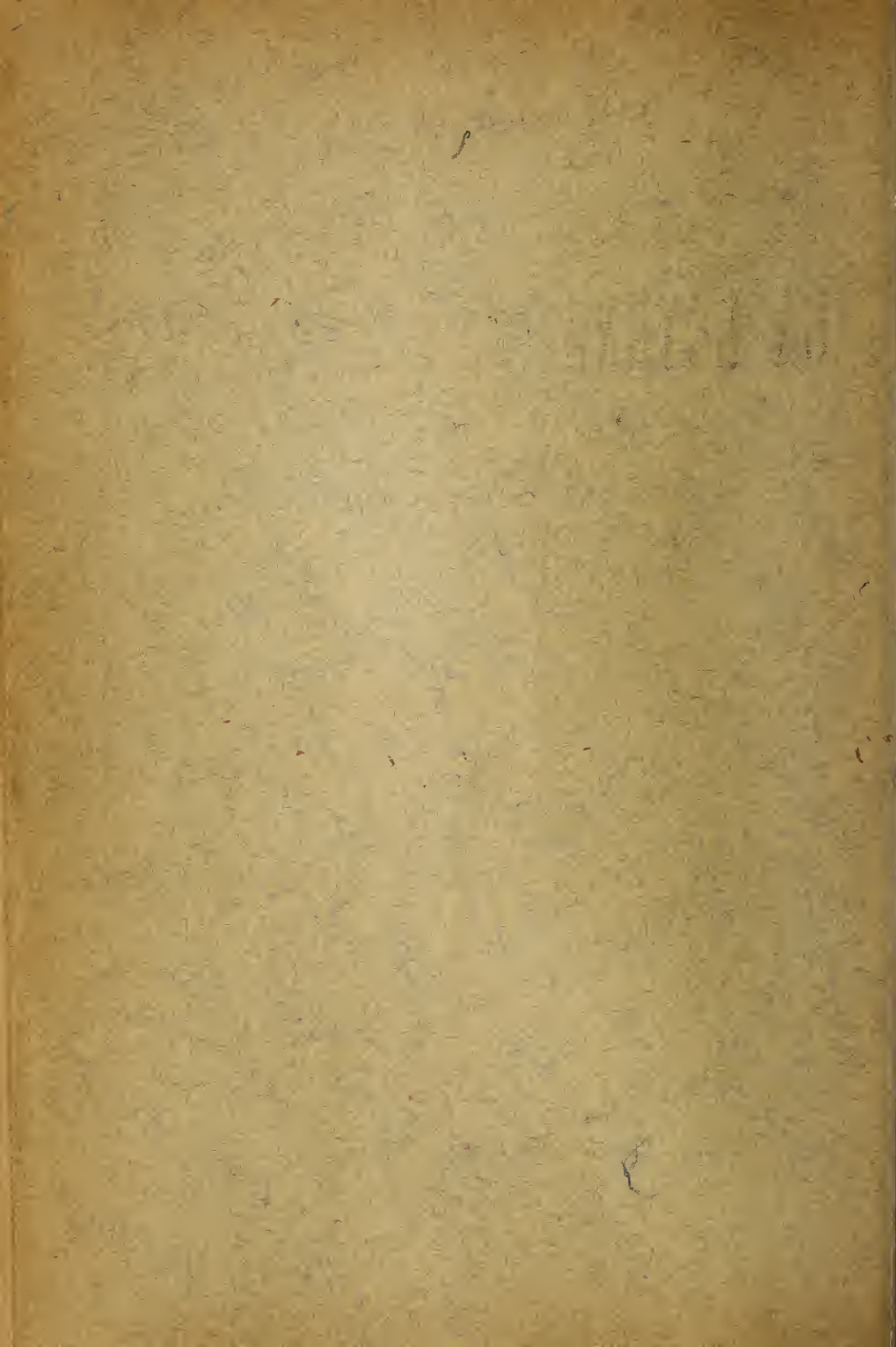


Copyright, by José Ramos Martín, 1914

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1914

3



LA LEYENDA DEL MAESTRO

A mi queridísimo maestro, D. Jacinto
Lario Piñón, el último de mis bisabuelos.

José Ramos Martín

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA LEYENDA DEL MAESTRO

COMEDIA

en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

JOSE RAMOS MARTIN

Estrenada en el TEATRO CERVANTES la noche del 31 de
Octubre de 1914



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.^o

Teléfono número 551

1914

THE HISTORY OF THE

REIGN OF

CHARLES THE FIRST

BY

JOHN BURNET

1679

LONDON

Printed by

J. Sturges

at the

Printers

in

St. Dunstons

Church

1679

CARTA ABIERTA

Sr. D. Ricardo Simó-Raso

Mi querido y admirado amigo: En circunstancias tristísimas para usted, estrenó esta obra teniendo que ahogar el propio dolor para fingir el ajeno.

Yo, que tanto quiero a mi madre, supe apreciar el terrible esfuerzo de usted cuando lloraba por la suya.

Admita, pues, la dedicatoria de esta comedia en homenaje a la memoria del ser tan querido por usted y en testimonio de la admiración y el afecto que le profesa

José Ramos Martín.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

MARUJA.....	Josefina Roca.
DOÑA PAULINA.....	Rosario Toscano.
QUICA.....	Ramona Valdivia.
DON FRANCISCO.....	Ricardo Simó-Raso.
DON OCTAVIO.....	Ignacio Meseguer.
TONO.....	Fernando Aguirre.
DON AQUILINO.....	Ricardo Marchante.
BALDOMERÍN.....	Manolito Gálvez.
JUANITO.....	Lolita Gálvez.

~~~~~

La acción en Alfar de la Reina, pueblo imaginario de  
Castilla la Nueva.—Epoca actual

---

Derecha e izquierda, las del actor





# ACTO PRIMERO

---

Sala blanca, de forma irregular, en la casa donde está instalada la escuela del pueblo. Es una habitación pequeña que sirve de paso a la clase. Al foro derecha puerta, y al foro izquierda ventana grande con reja, por las que se ve el campo. Una puerta a la derecha y otra a la izquierda. En el centro de la escena velador pequeño con tapete de «crochet». Alrededor de él dos sillas. A la izquierda, junto a la pared, hay un pupitre de los que usan los niños para escribir en la escuela y ante él, amplio sillón de vaqueta. Entre la puerta del foro y la ventana una cómoda, y sobre ella un quinqué apagado y dos floreros. En las paredes algunos mapas. Es por la mañana y en Primavera.

## ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparece MARUJA, cosiendo al lado de la ventana. En seguida aparece TONO por detrás de la reja. Maruja es una muchacha de diez y ocho años y viste con sencillez. Tono aparenta tener unos veintidós, y aunque se dedica a la labranza, su traje no es el burdo de la gente del campo

TONO Buenas días, Maruja.

MAR. Hola, Tono. ¿Cómo tú por aquí tan de mañana? ¿No vas hoy al campo?

TONO Ese camino tomaré ahora mismo. Pero es que no he podido dormir en toa la noche pensando que hoy llegábais tu padre y tú de la ciudad y antes de empezar mis faenas he pasado a enterarme de lo que os han dicho los médicos de allí.

MAR. (Tristemente.) ¿Los médicos? ¡Ay, Tono!  
TONO Basta. Ya no necesito que me lo digas. Con solo mirarte a la cara quedo enterao. En tus ojos leo como en un libro... mejor que en un libro, porque ya sabes que las letras y yo no hemos hecho buenas migas nunca. (se dispone a marcharse.) ¡Vaya!...

MAR. ¿Te vas?  
TONO A mi obligación. Luego pasaré por aquí a ver a don Francisco.

MAR. Pero, por Dios, no le digas nada... El no sabe aún...

TONO Descuida, mujer. (Al hacer mutis se cruza con don Aquilino, que entra por la puerta del foro.) Buenos días, don Aquilino. (vase.)

AQUIL. Adiós, Tono.

## ESCENA II

MARUJA y DON AQUILINO. Este es el médico del pueblo y hombre de unos cincuenta años

AQUIL. Felices, Marujita.  
MAR. Dios guarde a usted, doctor.  
AQUIL. ¿Hace mucho que habeis llegado?  
MAR. Una hora.  
AQUIL. Yo no he podido venir antes. Esta madrugada me avisaron para asistir a un enfermo en el pueblo de al lado y allí me han tenido hasta las siete. Se trata de uno de los labradores más ricos de la comarca, un hombre así, (Cerrando el puño.) que por no gastar ni siquiera gastó el tiempo en sus mocedades haciendo el amor a ninguna mujer, y claro, ahora en estos momentos tristes se ve solo, en poder de parientes lejanos que han acudido al olor de la herencia. Sus sobrinos, para tranquilizarse, pidieron consulta de médicos y... ya se han quedado tranquilos: les hemos dicho que se muere.

MAR. ¡Qué cosas tiene usted!...

AQUIL. Es la verdad, hija. (Se sienta al lado del velador.) ¿Y qué, qué hay de lo vuestro, qué dijeron los doctores de la ciudad?...

- MAR. Lo mismo que usted, que no hay esperanza. Después de muchas preguntas y de muchos reconocimientos han asegurado que mi padre no recobrará nunca la vista.
- AQUIL. Lo que yo dije. Desgraciadamente, mi ciencia, aunque poca, no me engañó. Tenía la más absoluta certeza de que mi diagnóstico está bien hecho; pero deseando apurar el último cartucho, te aconsejé que llevases a don Francisco a que le viera un especialista.
- MAR. ¡Y con qué ilusión fuimos a la ciudad, don Aquilino!...
- AQUIL. No tienes que decírmelo.
- MAR. Temblando subimos la escalera de casa del doctor, en él estaba nuestra última esperanza, y con su afirmación quedó desvanecida. Es decir, la mía, porque a mi padre aún sigo ocultándole la triste verdad. Por señas le pedí al médico que no se la confesara, y el buen señor, mientras a él le aseguraba que volvería a ver, me decía a mí que no con la cabeza. (Se levanta y deja su labor sobre la cómoda.)
- AQUIL. ¿Y hasta cuándo piensas prolongar ese piadoso engaño, Marujita?
- MAR. Mientras pueda. Toda la alegría de mi padre, toda su vida se encierra entre las cuatro paredes de esta escuela. Quitarle la ilusión de que volvería a dar clase a los niños, sería matarlo.
- AQUIL. Tienes razón.
- MAR. ¡Si usted le hubiera visto qué contento se puso al escuchar que desaparecería su ceguera! Poco le faltó para echarse a los pies del médico y besarle las manos. Cuando salimos a la calle iba como un loco y todo se le volvía hacer planes para el porvenir... ¡Yo también los hacía!... Luego, en la fonda, él lloraba de gozo y yo de pena... ¡Pero los dos llorábamos, don Aquilino!... (Pausa corta.)
- AQUIL. ¿O sea que ese maestro joven que sustituye ahora a don Francisco se quedará con la escuela?
- MAR. Es natural, sólo aguarda el alcalde el resultado de nuestro viaje a la ciudad para nombrar a don Octavio maestro de escuela del pueblo y nosotros tendremos que marchar-

- nos de aquí. Esta casa ya no nos pertenece.  
(Dirigiendo la vista con tristeza hacia las paredes.)
- AQUIL. ¿Y tu padre, está durmiendo?  
MAR. No, no he conseguido que se acueste. Dice que no está cansado. Pero usted figúrese una mala noche en el tren y a su edad... A ver si usted logra que se eche hasta la hora de comer.
- AQUIL. Sí, ahora entraré a verle.  
MAR. Verá usted qué contento está... y qué cosas dice de don Octavio... ¡Le tiene una rabia!... Dice que venía con la pretensión de quitarle el puesto. Le llama el intruso.
- AQUIL. ¡Pobre don Francisco!

### ESCENA III

DICHOS y DOÑA PAULINA por la puerta del foro. Esta es la maestra del pueblo, viste con sencillez y aparenta tener unos treinta años. Al verla entrar se levanta don Aquilino

- PAU. Buenos días.  
MAR. Buenos días tenga usted, doña Paulina.  
(Doña Paulina besa efusivamente a Maruja.)
- AQUIL. ¿Qué hay? ¿Qué nos cuenta la señora maestra?
- PAU. Nada. (A Maruja.) Acaban de decirme que han llegado ustedes de la ciudad y vengo a enterarme del estado de don Francisco.
- AQUIL. Pues amiga mía, los médicos de allá han estado conformes con mi opinión.
- PAU. ¡Ay, qué pena! Cuánto lo siento, Marujita.  
MAR. Muchas gracias.  
PAU. ¡Pobre maestro! En los últimos años de su vida encontrarse así...
- AQUIL. Sí, es muy triste.  
MAR. Con el permiso de ustedes voy a dar el desayuno a mi padre.
- PAU. Sí; no faltaba más.  
MAR. Adiós, doña Paulina. Hasta luego, doctor.  
AQUIL. Anda con Dios, Marujilla. (Vase Maruja por la derecha.)

## ESCENA IV

DOÑA PAULINA y DON AQUILINO

- PAU. ¡Ay, para qué tendrá una corazón, don Aquilino!...
- AQUIL. Pregúnteselo usted al Todopoderoso, que es el que nos lo ha dado.
- PAU. Ya me tiene usted preocupada para quince días, porque a mí las desgracias ajenas me conmueven más que las propias.
- AQUIL. Eso prueba la bondad de su carácter.
- PAU. Y mi romanticismo, porque yo soy muy romántica, doctor, muy romántica. ¡Si usted supiera las cosas que se me ocurren a propósito de la ceguera del viejo maestro!...
- AQUIL. (Procurando cambiar de conversación.) ¿Y qué, qué tal va la escuela de usted?...
- PAU. ¿Mi escuela? (Se sienta.) Ay, don Aquilino, ya me ha hecho usted descender a la prosa de la vida.
- AQUIL. Nada de eso. ¿Hay algo más poético que enseñar a leer a unas niñas y verles emborronar las primeras planas y coser las primeras camisitas? (Irónico) La costura también tiene su gracia y el zurcido no digamos..
- PAU. Ay, calle usted por Dios. ¡Si mi escuela fuera como yo la soñé! Esa sí que era ideal.
- AQUIL. Como soñada por usted.
- PAU. Todas mis alumnas, niñas de seis o siete años, muy rubias, con unos tirabuzones que les bajasen hasta aquí y vestidas de blanco, mi color favorito.
- AQUIL. Pues las discípulas que tiene usted ahora no se acercan mucho al ideal...
- PAU. ¡Qué van a acercarse! Morenuchas desgreñadas, con unos delantales muy sucios y las medias caídas siempre. Créame usted, hay muy poca poesía en ellas.
- AQUIL. Lo que hay es muy poco dinero en el bolsillo de sus padres.
- PAU. Ay, don Aquilino, ¿sabe usted lo que veo? Que me he equivocado de medio a medio. Yo creí que era usted tan romántico como yo.

- AQUIL. Lo soy; pero mi romanticismo va por otros caminos.
- PAU. (Se levanta.) ¿Usted ha visto amanecer alguna vez?
- AQUIL. Muchísimas.
- PAU. ¿Y no le ha dado a usted frío el contemplar cómo despierta la Naturaleza?
- AQUIL. (Con sorna.) En el invierno hasta he tiritado.
- PAU. Sí, riase usted, riase usted. (vuelve a sentarse.) Yo soy tan devota de mis sentimientos que por ellos puede decirse que he sacrificado mi porvenir. Cuando terminé la carrera de maestra me salió una plaza en un colegio de Madrid y la desprecié por venirme a este pueblo, enamorada de la paz del campo. Y ahora casi, casi lo siento, porque verdaderamente, la vida rural es un poco aburrida. Aquí no hay con quien tratarse.
- AQUIL. Muchas gracias.
- PAU. A usted no le cuento.
- AQUIL. Muchísimas gracias.
- PAU. ¡Los mozos son tan brutos!... No se puede hablar con ellos sin que suelten en seguida un güeno o un haiga.
- AQUIL. Menos mal si no soltasen más que güenos y haigas.
- PAU. Los *tacos* quedan descartados porque también los echa el alcalde.
- AQUIL. Y la alcaldesa. Algunos la he oído yo.
- PAU. Y pasemos a las personas instruidas. Casi todas son ya de cierta edad y ¡claro! no congenia una con ellas. El boticario es viejo, el juez es viejo, el registrador es viejo y el teniente de la Guardia civil, no es viejo precisamente, pero está casado en segundas nupcias con una mujer, que vamos que...
- AQUIL. Que también es de la Guardia civil.
- PAU. Y descartados esos, ¿quién queda?
- AQUIL. El cura; ese es jovencito.
- PAU. (Suspirando.) Es verdad. Pero es el que menos falta hacía que lo fuera.
- AQUIL. (Con intención.) Y ahora el maestro nuevo, bien joven es.
- PAU. (Acercándose muy interesada a don Francisco.) Hombre, a propósito de don Octavio. Yo he hablado tres veces con él, pero, como parece

- así tan reservado... Es una curiosidad que tengo... A usted tal vez se lo haya dicho...  
¿Es soltero, casado o viudo?
- AQUIL. Ay, doña Paulina, no lo sé; pero si tiene usted mucho interés en averiguarlo..
- PAU. (Con ansiedad.) ¿Qué?
- AQUIL. Pregúnteselo usted al abanico.
- PAU. Ya, ya se lo he preguntado.
- AQUIL. ¿Y qué ha respondido?
- PAU. (Desilusionada.) Que es casado. Pero cualquiera se fía de una contestación que da la casualidad. Ya ve usted, a mí me ha dicho muchas veces que voy a ser viuda.
- AQUIL. (Bajando la voz.) Pues no lo diga usted por ahí.
- PAU. ¿Por qué?...
- AQUIL. Porque si se corre la voz no va usted a encontrar... con quién tratarse.
- PAU. ¿Qué cosas tiene usted, don Aquilino. (Se ríen los dos.)

## ESCENA V

DICHOS, y OCTAVIO por el foro. Es el maestro que substituye a don Francisco. Viste de obscuro y representa tener unos veinticinco años

- OCT. Buenos días, señores. (Deja el sombrero encima de la cómoda.)
- AQUIL. Hola, don Octavio.
- PAU. Felices, compañero. Permítame usted que le llame así porque, según parece, va usted a quedarse definitivamente en el pueblo.
- OCT. Sí, es lo más probable.
- PAU. Yo lo celebro mucho.
- OCT. Gracias.
- PAU. Sin que esto quiera decir que no sea la primera en deplorar la retirada de don Francisco. (Bando a sus palabras la enfática entonación de un discurso.) Pero opino que el Magisterio debe hallarse formado por gente joven cuya inteligencia esté saturada de las modernas teorías pedagógicas para poder aplicar racionalmente las doctrinas de Froebel, de Pestalozzi y de tantos otros educadores modernos.

- AQUIL. (Burlón.) Muy bien, muy bien.  
OCT. (Con naturalidad.) Esa renovación que usted sueña vendrá poco a poco, doña Paulina. Y no sólo en el Magisterio. Las generaciones se suceden y cada una trae nuevas ideas, nuevos horizontes. Es la ley constante de la vida.
- PAU. ¡Lástima que no pudiera verificarse ese cambio en un momento!
- OCT. No soy yo de esa opinión. Todos tienen derecho a vivir y en nuestra profesión más que nadie los viejos, porque fueron jóvenes y dejaron marchitar su juventud entre las cuatro paredes de una escuela, en la ingrata labor de enseñar al que no sabe.
- PAU. ¿Ingrata?
- AQUIL. Pregúnteselo usted a don Francisco. Mire usted cómo se ve al término de sus días.
- PAU. Vaya, vaya, esta conversación nos llevaría demasiado lejos. Me alegro muchísimo de que usted no esté conforme con mi manera de pensar: así podremos discutir. Yo soy muy aficionada a las polémicas. Le invito a usted a una controversia en mi casa el día que quiera. Usted puede asistir también, don Aquilino. Pasaremos un rato muy agradable.
- AQUIL. Sobre todo, yo.
- PAU. (A don Octavio.) Pues nada, nada, cuando quede usted instalado definitivamente en el pueblo echaremos nuestro cuarto a espadas sobre ese asunto. Estos días, claro, estará muy atareado y hasta que venga su familia... (Con intención.)
- OCT. No, yo no tengo familia, parientes cercanos con quienes vivir.
- PAU. (Con mal disimulada alegría.) ¿Pero no es usted casado?
- OCT. No, señora, soy soltero.
- PAU. Por muchos años... digo, por los años que usted quiera. Y no canso más. Me voy, que antes de entrar en clase tengo que visitar al alcalde para arreglar cierto asuntillo que tengo pendiente en el ayuntamiento. Hasta otro día, don Octavio. (Le da la mano.)
- OCT. Adiós, doña Paulina.



- PAU. Adiós, doctor. (Alargando la mano que estrecha don Aquilino.)  
AQUIL. Vaya usted con Dios.  
PAU. Adiós, señores. (Vase por donde entró.)

## ESCENA VI

OCTAVIO y DON AQUILINO

- AQUIL. (Confidencialmente.) ¿Qué tal le parece á usted la maestrilla?  
OCT. No está mal.  
AQUIL. ¡Pues duro con ella!... Está deseando que la lean la epístola de San Pablo.  
OCT. Pero yo por ahora no pienso casarme, don Aquilino.  
AQUIL. ¿No piensa usted en casarse?  
OCT. No, señor.  
AQUIL. Por eso mismo debe usted hacerlo. Recuerde usted la copla:  
«Al matrimonio y al baño  
debe entrarse de repente  
porque el que lo piensa un poco  
le entra frío y no se mete.»  
Sin meditar el paso que iba a dar, me casé yo, y efectivamente no me dió frío... hasta unos meses más tarde en que vi la locura que había hecho el fundar un hogar no disponiendo más que de seis mil reales al año. Entonces, amigo don Octavio, se me puso la carne de gallina. ¡De gallina!... Ya ve usted: ironías del organismo. (Se sienta.)  
OCT. ¿No rezaba con usted lo de «contigo pan y cebolla»?  
AQUIL. Esa es una de las muchas tonterías que se dicen los enamorados sin acordarse de que no sólo de pan vive el hombre y de que la cebolla hace llorar. En fin, no quiero entristecer a usted ni quitarle la intención de que el día que vea una mujer que le guste haga la misma tontería que hice yo tres veces.  
OCT. ¿Tres?  
AQUIL. Sí, señor. Mi esposa actual es la tercera de la serie.

- OCT. Pero si le fué a usted mal en su primer matrimonio, ¿por qué reincidió?
- AQUIL. Por eso, porque me fué mal; quise tomarme el desquite; pero se repitieron los acontecimientos.
- OCT. ¿Y luego volvió usted a casarse?
- AQUIL. Claro; dicen que a la tercera va la vencida.
- OCT. ¿Y ahora?
- AQUIL. Soy completamente feliz.
- OCT. ¡Vaya con don Aquilino!... ¡Tres veces!...
- AQUIL. Yo creí que lo sabía usted.
- OCT. No, señor.
- AQUIL. Pues es raro que no se lo haya dicho hasta ahora, porque en la conversación sale. Yo hablando de amores parezco una charada. Mi primera era esto, mi segunda lo otro y mi tercera es mi todo.
- OCT. ¿Y las tres eran de este pueblo?
- AQUIL. Sí, señor. De eso me viene el mote. *Barba azul* me llaman los honrados vecinos de este lugar, porque aquí se vuelven locos por poner apodos. No tardará usted mucho en tenerlo.
- OCT. Si es costumbre...
- AQUIL. En cuanto lleva uno aquí un mes.
- OCT. Entonces tendré reloquete.
- AQUIL. Afortunadamente, porque será señal de que se ha quedado usted con la escuela.
- OCT. Sí, afortunadamente para mí; desgraciadamente para don Francisco.
- AQUIL. ¿Está usted satisfecho?...
- OCT. Satisfecho, no, porque pienso en el pobre maestro ciego. Tranquilo, sí. Al fin parece que he encontrado un lugar seguro donde ganarme el pan de cada día, sin tener que rodar como hasta ahora de colegio en colegio de Madrid, aguantando las burlas de unos niños muy ricos que se reían de que el pobre pasante llevaba los pantalones rotos y las botas abiertas, y sin tener el consuelo de poder decirles muchas cosas, porque como eran muy ricos, estaban muy bien educados. (Se sienta. Don Aquilino le ofrece un cigarro que don Octavio rehusa.) Gracias, no fumo... Aquí empezó a ejercer su carrera don Francisco, ¿verdad?

- AQUIL. Sí, señor; y aquí ha tenido que abandonarla. Entre estas paredes se ha agostado su vida, una vida llena de trabajos, de privaciones... ¡Si yo le contase á usted!
- OCT. ¿Le conoce usted hace muchos años?
- AQUIL. Fué mi primer maestro... y el de mis chicos. ¡Más que cariño es veneración la que le tengo! Primero fué un padre para mí, después ha sido un amigo, un verdadero amigo.
- OCT. ¿Y no tiene más hijos que Marujita?
- AQUIL. Es la única que le vive. Tuvo dos; pero al chico se lo llevó Dios, cuando aun no había cumplido los diez años.
- OCT. ¡Qué pena!
- AQUIL. Horrible, amigo mío. Solo los que hemos pasado por esos trances sabemos lo que es para un padre perder un hijo.
- OCT. ¿A usted también?
- AQUIL. Uno se me murió: Manolín. Casualmente el mismo día en que vió don Francisco enterrar a su Pepito. Por entonces sí que admiré al maestro, comprendiendo el amargo dolor que sufriría. Yo me pasé tres semanas sin salir a la calle porque todos los chicos que veía me recordaban al mío, y él, a la mañana siguiente, tuvo que volver a sentarse en el sillón de la escuela para dar lección á unos niños iguales que el suyo. ¡Por eso yo me revelo contra su desgraciada suertel ¡El no se merece después de tantos años de trabajo encontrarse ciego y amenazado de no tener que comer!
- OCT. Chist, calle, me parece que viene.
- AQUIL. Sí, ahí salen.

## ESCENA VII

DICHOS, MARUJITA y DON FRANCISCO por la derecha. Este, como queda indicado, es ciego. Tiene sesenta y cinco años. Sus cabellos son blancos y largos. Viste con traje oscuro. Al verle entrar se levantan don Octavio y don Aquilino

FRAN. (A Maruja.) Déjame, boba. No necesito que me guíes. Calcula si conoceré bien todos los rincones de la casa.

- AQUIL. Buenos días, maestro.  
FRAN. Hola, doctorcillo... Ya estaba deseando echar-  
te la vista encima. (Rectificando con amargura.)  
Digo la vista... ¿Te ha dicho Marujita?
- AQUIL. Sí, señor, y celebro muchísimo haberme  
equivocado. Que sea enhorabuena.
- OCT. Yo también se la doy a usted de todo cora-  
zón, don Francisco.
- FRAN. ¿Eh?
- MAR. Es don Octavio, papá.
- FRAN. Ah, sí, sí... Desconocía la voz.. ¡Don Octa-  
vio!... El maestro nuevo.
- OCT. El que indignamente le sustituye á usted.
- FRAN. Pero por poco tiempo. Los médicos me han  
dicho que dentro de un par de meses volve-  
ré a dar clase.
- AQUIL. Así será.
- FRAN. En esta ocasión, y perdóname que te lo  
diga, has metido la pata, Aquilinito.
- AQUIL. Y vuelvo a repetir que soy el primero en  
alegrarme.
- FRAN. Claro, señor, si es lo que yo me decía, Dios  
que es tan bueno no puede consentir que  
yo me quede sin poder ganarme el pan...  
No solo por mí, sino por mi hija, ¿qué sería  
de mi pobre Maruja?...
- AQUIL. Vamos, no hay motivo para entristecerse  
ahora; sino todo lo contrario.
- FRAN. (Enjugándose los ojos.) ¡Si no me entristezco!
- MAR. Pero lloras.
- FRAN. Es que están tan acostumbrados a trabajar  
mis ojos que no se resignan a no hacer nada  
y ya que no ven, lloran.
- AQUIL. Pues pronto recobrarán la vista...
- FRAN. En cuanto esté en disposición de operarme.  
Y entonces volveré a ponerme al frente de  
mi escuela, porque es mía, mía solo...
- MAR. ¡Papá!
- OCT. No le interrumpa usted, no me incomodan  
sus palabras.
- FRAN. ¿Por qué han de incomodarle si no digo más  
que la verdad?
- OCT. Que yo soy el primero en comprender. Tan-  
tos años ejerciendo aquí su carrera le dan  
derecho a considerar la escuela como cosa  
suya. Nadie con más justicia que usted po-

día vivir bajo su techo aun en el caso de que no diera clase a los niños.

FRAN. Pero volveré a dársela.

OCT. ¡Qué duda cabe!

FRAN. ¡Con qué alegría volveré a sentarme en mi sillón, y corregiré las planas de mis alumnos, y les enseñaré a leer, y rezaré con ellos la oración más hermosa de cuantas se han escrito, porque es la que rezaron casi todos los hombres cuando de niños empezaron á estudiar! «Iluminad, Señor, nuestro entendimiento y moved nuestra voluntad para que, estando con la debida atención, aprendamos las cosas que nos enseñan para nuestro bien espiritual y temporal. Lo que os rogamos por Jesucristo, nuestro señor. Amén.»

AQUIL. No se le ha olvidado a usted, no.

FRAN. Si después de cuarenta años que llevo rezándola se me hubiese olvidado no tendría perdón de Dios.

OCT. ¡Cuarenta años!

FRAN. Y pico. Calcule usted a los niños, hombres ya, a quienes habré enseñado a leer en ese tiempo. Algunos viven en este pueblo, y ya tienen hijos muy mozos; otros están en Madrid, y son abogados, médicos, militares... hasta hay uno torero, el Hormiguita chico creo que le llaman.. Por cierto que me llevé una sorpresa muy grande cuando me enteré. Fué siempre tan formalito, tan juicioso... De pequeño ni siquiera era aficionado a hacer novillos... A casi todos los recuerdo como si los estuviera viendo.

OCT. Y ellos también se acordarán de usted.

FRAN. Algunos, la mayoría, no. Ya ve usted, uno de ellos, Baltasar Nogales, un chico muy listo que está haciendo carrera en la política, salió concejal, por no sé qué distrito de Madrid, en las últimas elecciones, y en una interviú que tuvo con un periodista dijo que había estudiado las primeras letras en un colegio de Madrid. Y no era verdad, no, señor, porque yo fuí quien le enseñó a leer. Al principio me dió una tristeza muy grande; pero luego me consolé, ¡qué demonio! San Pedro negó tres veces que Cristo fuera

- su maestro. Con que si eso hizo un santo, ¡qué no hará un concejal!...
- AQUIL. La ingratitud es moneda corriente, don Francisco.
- FRAN. Por eso no me quejo. Además ese mismo Nogales se habrá acordado de mí tantas veces... y cuando le dijera al periodista que estudió en Madrid, pensaría a pesar suyo en su verdadero maestro, y esa satisfacción no hay quien me la quite. Y hablando de otra cosa, ¿cómo no está usted ya en clase, don Octavio?
- OCT. Porque aun no son las nueve. Falta media hora.
- FRAN. ¡Media hora!... ¡Qué largo se me hace ahora el tiempo!...
- AQUIL. Yo me encargaré de distraerle a usted un ratito. Venga usted conmigo a su cuarto, tengo que hablarle largo y tendido.
- FRAN. ¿Y por qué no me lo dices aquí?
- AQUIL. Porque no.
- FRAN. Te advierto que si me llevas á mi habitación para que me acueste, te equivocas.
- AQUIL. No es para eso, aunque es lo que debía usted hacer.
- FRAN. No, no, no estoy cansado.
- AQUIL. Como usted quiera. ¿Vamos?
- FRAN. Bueno; pero no me cojas. No necesito lazarillo. Sin tropezar ni una sola vez recorro todos los sitios de la casa.
- OCT. ¡Hasta luego, don Francisco!
- FRAN. Adiós, don Octavio. (A don Aquilino.) ¿Ves? ya estoy en la puerta que conduce a mis habitaciones... Frente por frente está la de la escuela, y allí a la derecha, a dos pasos de la entrada, está mi mesa sobre una tarima. Con sólo hacer así, se sube a ella... ¿Te convences de que no me hace falta lazarillo?... (Vase por la derecha seguido de don Aquilino.)

## ESCENA VIII

MARUJA y DON OCTAVIO

- OCT. (A Marujita.) No, no se vaya usted, Marujita. Quiero hablar con usted un momento.

- MAR. ¿Conmigo?  
OCT. Sí. Tengo que pedirle un favor.  
MAR. Usted dirá.  
OCT. Ante todo no le ofendan mis palabras. Voy a hablarle con absoluta franqueza.  
MAR. Diga lo que guste.  
OCT. Necesito que me sincere usted con su padre.  
MAR. ¿Sincerarle, por qué?  
OCT. Porque, claramente, he notado la mala acogida que he obtenido por parte de don Francisco.  
MAR. No señor.  
OCT. Sí, Marujita, no trate usted de ocultármelo. Si yo lo comprendo; si es muy natural. Para él no soy más que un rival que ha venido con la pretensión de quitarle el puesto y que sólo desea que no recobre la vista para quedarse definitivamente con la escuela. Y nada más lejos de mi ánimo. Yo juro á usted que celebraría con toda el alma que los médicos se hubiesen equivocado, aunque tuviera que irme a otro sitio y volvieran para mí los días tristes de antes.  
MAR. Muchas gracias, don Octavio. (Se sienta.)  
OCT. ¿Por qué me llama usted don Octavio?  
MAR. ¿Cómo he de llamarle?  
OCT. Sí, tiene usted razón; para todos soy don Octavio. Desde hace mucho tiempo no me oigo llamar de otra manera. En la casa de huéspedes de Madrid, y en el primer colegio donde presté mis servicios y en el otro, y vengo aquí y siempre don Octavio... Y me entristece, porque el don indica frialdad de afectos o un respeto que nadie me puede tener, ni por mis años, porque aun soy muy joven, ni por mis méritos. Por eso me gustaría tanto que alguien al nombrarme dijera sólo Octavio; Octavio a secas... Le parecerá a usted una tontería esto que digo... y lo será, en efecto.  
MAR. Yo le llamaré como usted quiera. (Se levanta.)  
OCT. Gracias, Marujita. Pero no se vaya usted todavía, que aun no he terminado, me falta lo principal.  
MAR. Pues continúe, que ya le escucho.  
OCT. Esta mañana, cuando al volver de la ciudad

- me confesó usted todo, me quedé sorprendido, porque confiaba como usted y no supe qué contestarla... Usted se hará cargo... la impresión, yo también estaba emocionado..
- MAR. Sí, sí, lo comprendo.  
OCT. Pero luego he estado pensando en ello. Tiene usted razón; su padre debe ignorarlo todo por ahora; es preciso que conserve la esperanza de que volverá a dar clase a los niños... Y para ello lo primero que hace falta es que don Francisco no se marche de aquí.
- MAR. ¿Eh?  
OCT. Ésta casa es propiedad del Ayuntamiento de este pueblo y se la cede al maestro para que tenga aquí la escuela... Tal vez hoy mismo me dirán ya que puedo disponer de ella. Por lo tanto, yo se la ofrezco a usted para que siga viviendo aquí con don Francisco y no pierda el pobre viejo su ilusión.
- MAR. Gracias; pero no es posible.  
OCT. ¿Por qué no?  
MAR. Usted...  
OCT. Yo me iré a otro sitio, o viviré aquí también si queda un rinconcito para mí.
- MAR. Yo se lo agradezco: pero no puede ser...  
OCT. ¿Qué motivos hay que lo impidan?  
MAR. La gente piensa siempre mal... Murmuraría.  
OCT. Deseche usted esos temores. Nadie podrá decir nada. No son el maestro y su hija los que vivirán en mi casa, soy yo el que viviré como huésped en casa de don Francisco. Si yo creyera que este ofrecimiento iba a traer censuras para usted, no se lo haría. Puede usted aceptarlo sin escrúpulos.
- MAR. Gracias, muchas gracias; pero...  
OCT. Piénselo usted bien. Se lo ofrezco con toda mi alma... (Pausa.) Y ahora me voy a mi obligación, ya no tardarán en llegar los niños. Hasta luego, Marujita. Eso era todo lo que tenía que decirle a usted... Hasta luego...
- MAR. ¡Vaya usted con Dios, don Octavio! (A una mirada de él rectifica.) OCTAVIO. (Vase don Octavio por la izquierda. Maruja se queda pensativa.) OCTAVIO, OCTAVIO. (Vuelve a coger la labor y se sienta a coser.)



## ESCENA IX

MARUJA y TONO, por la puerta del foro

- TONO ¡Ya estoy aquí otra vez, Maruja!
- MAR. Pronto has dado la vuelta ¿Hay poco que hacer hoy en el campo?
- TONO Lo mesmo que siempre. Pero es que no me podía estar tranquilo allí desde que sé lo que sé y me he dicho: voy en cá de Maruja pa ponerme a su disposición por si la puedo servir en algo.
- MAR. Gracias; pero ya comprenderás...
- TONO Sí, sí, ya comprendo que no te puedo servir pa ná. Soy tan inútil...
- MAR. No, eso no, pobre Tono, y yo estimo en lo que vale ese cariño que nos demuestras, porque sé que nos quieres mucho.
- TONO Muchismo. A don Francisco como a un padre.
- MAR. Y a mí como a una hermana.
- TONO Como a una hermana precisamente... Te quiero como si fueras de mi familia, y al mesmo tiempo como si no fueras de mi familia... Es decir, te quiero como a una prima... Tampoco... Bueno, yo me entiendo... Y hablemos de otra cosa, Maruja.
- MAR. De lo que quieras. ¿Y tus padres?
- TONO Bien.
- MAR. ¿Se puso ya mejor tu madre del reuma?
- TONO No. En la cama lleva quince días y mi padre tampoco ha salido de casa en tó lo que va de semana. Tié un catarro mu fuerte.
- MAR. Entonces no están bien, hombre.
- TONO Tiés razón, no están bien. (Maruja sonríe.) ¿De qué te ríes? ¿De lo bruto que soy, verdad?
- MAR. No.
- TONO Sí, mujer, si yo lo comprendo. Figúrate si me conoceré a mí mesmo... Como si me hubiera dao a luz.
- MAR. ¡Tonol...
- TONO ¿Qué, me dicho alguna barbaridad?
- MAR. Claro. Piensa lo que dices.

- TONO Es que si lo pienso digo más barbaridades; pero tú me comprendes. (Se sienta frente a ella.)
- MAR. No basta.
- TONO Ya lo creo, entendiéndome tú... Y tú ya sabes lo que quiero decir cuando digo una cosa. Tiempo has tenido de estudiarme. Dende bien pequeños nos conocemos.
- MAR. Ya lo creo. Eramos dos niños.
- TONO No. Un niño y una niña.
- MAR. Es natural.
- TONO ¿Te acuerdas cuánto te reías conmigo?
- MAR. Mucho.
- TONO Y todavía te ríes; pero lo que cambian los tiempos; antes era conmigo y ahora es de mí.
- MAR. No lo creas.
- TONO No, si yo no me incomodo. Al contrario. Con tal de verte siempre alegre me estaría diciendo burredas todo el día... Ya, ya sé lo que vas á decirme, que no me costaría mucho trabajo, ¿verdad?
- MAR. ¡Ay, qué Tono!...
- TONO ¡Parece que fué ayer!... ¿Te acuerdas cuando a ti y a mí nos enseñaba a leer tu padre?...
- MAR. ¡Vaya si me acuerdol!...
- TONO En esta misma habitación era. Al lao de esa ventana. Cuando acababa con los otros chicos empezaba con nosotros. Tú aprendiste en seguida; pero yo...
- MAR. Sí que te costó trabajo.
- TONO Como que no me entraban la mayor parte de las letras. Don Francisco, que es tan bueno y tiene tanta pacencia, la perdió conmigo y hasta me dió algunos cachetes; pero como si no. Solamente distinguía bien la i y pa eso porque tenía un puntito encima, que si no...
- MAR. Hombre y la o también, la rosquilla...
- TONO Sí, sí, menudas galletas me costó la rosquilla. Y luego en la escritura no digamos. Los palotes que hacía paecían curvas y las curvas palotes.
- MAR. Es que no ponías cuidado.
- TONO Más del que tú crees. Yo quiero mucho a mi madre y sabía que toda su ilusión era darme una carrera el día de mañana... Pero

no pudo ser. Esta (Por la cabeza.) no respondió a éste (Por el corazón.) Y yo que de ninguna manera podía consentir que se gastasen mis padres el dinero en lo que no había de darles fruto, les desengañé diciéndoles, que puesto que no servía pa los libros, que me dedicasen a la labranza o que me unieran a un carro. ¡No había más! Y ellos, ¡claro!, se decidieron por lo de la labranza, porque como no tengo fuerza no sirvo ni aun pa tirar de un carro.

MAR. Eres injusto contigo, Tono. No es tan grande tu torpeza, y aun siéndolo, si hubieras querido... Recuerda lo que te decía mi padre. Una gota de agua cayendo continuamente sobre una peña la llega á agujerear.

TONO. ¡Pero cuándo te convencerás de que mi cabeza es más dura que una peña! (Maruja ríe.) ¡Lo ves, otra vez te he hecho reír!... ¡Bendita sea esta brutalidad que me ha dao Dios, porque hace que te rías, aun cuando estás más triste!

MAR. Tienes razón, aun cuando estoy más triste.

TONO. ¿Ya vuelves a ponerte serio?

MAR. ¿Cómo quieres que esté?

TONO. Como hace un momento. (Pausa.) ¿Quiés que diga otra burrada pa distraerte?

MAR. No, ya has dicho bastantes.

TONO. Es que se me está ocurriendo una muy gorda, muy gorda, que te iba a hacer mucha gracia.

MAR. No. Cállatela.

TONO. Lo que tú mandes. (Pausa. Tono la contempla fijamente.)

MAR. ¿Qué haces?

TONO. ¡Mirartel!

MAR. ¡Vaya un gusto!

TONO. Mirándote es de la única manera que no se me ocurren barbaridades... ¡Es decir, creo yo no son barbaridades lo que se me ocurren!... (Pausa.) ¡Ay, Marujal (Maruja se levanta y deja la labor.)

## ESCENA X

DICHOS, DON FRANCISCO y DON AQUILINO. Al verlos entrar se levanta Tono

- AQUIL. Me voy incomodadísimo con usted, maestro.  
FRAN. Pues no tienes razón. Ya te dije desde un principio que no me acostaba.  
AQUIL. Tu padre es incorregible, Maruja.  
FRAN. ¡Y dale! Pero si no tengo sueño.  
TONO. Buenos días, don Francisco.  
FRAN. ¿Ah, estás tú aquí, Tono?  
TONO. Sí, señor, aquí estoy.  
FRAN. ¿Qué tal marchas?  
TONO. Como siempre. A usted ya le veo...  
FRAN. Más contento que unas castañuelas, hijo.  
TONO. Pues que sea enhorabuena.  
AQUIL. Adiós, don Francisco.  
FRAN. ¿Qué, te vas?  
AQUIL. Sí, señor. A ver á mis enfermos. Luego pasaré por aquí.  
FRAN. Como quieras.  
AQUIL. Hasta después, Maruja. Adiós, Tono.  
MAR. Vaya usted con Dios, don Aquilino.  
TONO. Adiós.  
(Vase don Aquilino por la puerta del foro.)

## ESCENA XI

DICHOS menos DON AQUILINO

- FRAN. ¿Se ha ido ya?...  
MAR. Sí, señor.  
FRAN. Lo que es como con todos sus clientes acierte como conmigo, va a perder en seguida la buena fama que tiene en el pueblo. (Acerca hacia sí el sillón y se sienta.) ¿Qué haces, Maruja?  
MAR. Nada.  
FRAN. Ven aquí, mujer. Siéntate a mi lado, en el brazo del sillón. (Maruja obedece.) ¿Estás mala?  
MAR. No, ¿por qué?

- FRAN. Parece que no tienes la alegría que debías tener.
- MAR. Sí, señor, si estoy muy contenta.
- FRAN. ¿Y tú qué dices, Tono?
- TONO. ¿Qué quíe usted que diga?..
- FRAN. Acércate, hombre. A ti también te quiero.
- TONO. No tanto como yo a usted.
- FRAN. Eso es lo que tú no sabes.
- TONO. A mí me manda usted ruedar y ruedo.
- FRAN. Será rodar, hombre.
- TONO. Bueno, me manda usted rodar y rodo.
- FRAN. Bien está; por una u más o menos no hemos de reñir.
- TONO. Yo no olvidaré nunca que usted fué mi maestro.
- FRAN. Pues mira, aunque lo olvidases créete que no se perdía nada. Porque el recuerdo no me hace mucho favor.
- TONO. ¿Qué culpa tié usted de que a mí no me entrasen las letras?..
- MAR. De eso hablábamos antes Tono y yo.
- FRAN. Ah, ¿hablávais de eso?
- TONO. Sí, señor, estábamos recordando cuando éramos chicos, y nos daba usted lección.
- FRAN. ¿Y no os da vergüenza?
- TONO. ¿El qué?
- FRAN. A vuestros años no se habla nunca del pasado que es cosa muerta, sino del porvenir que es la vida que tenemos por delante. Quédense los recuerdos para los viejos. Vosotros aun no estais en edad de mirar para atrás. Aprended de mí que con mis sesenta a las espaldas más pienso en el mañana que en el ayer. Y eso que hasta hace poco el futuro se presentaba muy negro para mí... Pero las ilusiones no me abandonaron nunca.
- TONO. Afortunadamente pa usted.
- FRAN. Tú lo has dicho, hijo, porque el que tiene esperanzas cómo las he tenido yo siempre, no ve con tristeza como corre el tiempo, sino con alegría, porque cada día que pasa se le acerca más el ideal. Mira yo de joven... Ya me contagiado con vuestro afán de recordar; pero en fin.. Yo de joven como digo tuve primero la ilusión de tener un colegio mío, que no perteneciera a un Ayuntamiento

como esta escuela. No pudo ser y entonces tuve la ilusión de conseguir que fuera la mejor de estos pueblos. Más tarde quise a una mujer, (A Maruja.) a tu madre, con locura, como no se quiere más que una vez en la vida, como querreis vosotros cuando esteis enamorados y tuve la ilusión de que correspondiera a mi cariño, después la de tener un hijo, luego la de verlo hecho un mozo que no lo conseguí y al desvanecerse esa, nació otra en mi corazón: la de reunirme con él en el cielo. Ahora, ya lo veis, tengo una en la que cifro toda mi alegría: la de volver á sentarme en el sillón de mi escuela, la de volver a dar clase a los niños. Por eso mientras otros viejos miran con angustia cómo pasan las horas, porque ven cerca de sí la muerte, yo deseo que vayan más de prisa para que llegue el día en que he de recobrar la vista. Que corra el tiempo, Tono, que vuele; que si a ellos les va a dar la muerte, a mí en cambio me dará la vida. (Pausa.) ¿Pero, qué es eso?... ¿Por qué callais?... ¿Es que no creéis que volverán a ver mis ojos?

TONO

MAR.

FRAN.

¡Qué hemos de creerlo!

Sí, papá, volverán a ver...

Así me gusta, que me lo digas tú. (A Maruja.) Si vieras qué alegría me dan esas palabras pronunciadas por tu boca. Ya ves, son las mismas que me dijo el médico de la ciudad, que me dicen ahora todos. Volverán a ver... Pero dichas por ti tienen otro encanto, me dan más esperanza... Porque tú no me has engañado nunca. (La besa.) ¡Hija mía, con cuanto afán espero volver a mirarme en tus ojos!...

MAR.

FRAN.

TONO

¡Padre!...

Es muy buena, ¿verdad, Tono?

¡Que si es güena! .. Un pedazo de pan. Mejor aún, un pedazo de bizcocho de Santa Clara.

FRAN.

TONO

Tono.  
Y digo de bizcocho de Santa Clara porque es lo que más me gusta.

FRAN.

¡Miren el goloso!... El día en que yo vuelva a dar clase mandaré hacerte uno muy grande para que te lo comas a mi salud.

- TONO Se estima.  
FRAN. Y el día en que se me case Marujita otro más grande todavía.
- TONO (Intranquilo) ¿Pero va a casarse la Maruja?  
FRAN. Digo yo que se casará, hombre. ¿No dices tú que es tan buena?
- TONO Sí, señor.  
FRAN. Pues si es buena y es guapa, porque me parece a mí que es guapa.
- TONO Ya lo creo.  
FRAN. No le faltará un buen marido.  
MAR. Quién piensa en eso ahora...  
FRAN. Todo llegará, hija. Por eso, Tono cuenta con el bizcochito.
- TONO Se lo agradezco a usted; pero...  
FRAN. ¿Pero qué?  
TONO (Cómicamente conmovido.) Lo que es el día que se case la Maruja güeno estaré yo pa comer bizcocho.
- FRAN. ¡Ah, vamos sí!... La emoción... Eres como de la familia y... ¡qué demoniol... No en balde os habeis criado juntos.
- TONO Claro, no en balde nos hemos criado juntos. (Pausa larga.)
- FRAN. ¡Qué calladitos nos hemos quedado!...  
MAR. Es verdad.  
FRAN. ¿En qué piensas, Maruja?  
MAR. En nada.  
FRAN. ¿Y tú, Tono?  
TONO En na.  
FRAN. ¿En nada tampoco?... Mira por donde ha venido a resultar cierto lo que yo me imaginaba.
- TONO ¿Qué?  
FRAN. Que los dos estábais pensando en lo mismo. Pues señor, me voy desengañando; para ver ciertas cosas no hacen falta los ojos...

## ESCENA XII

DICHOS y QUICA que entra por la puerta del foro con BALDOMERIN cogido de la mano

- QUICA Ave María Purísima. ¿Se pué pasar?  
MAR. Adelante. Es la Quica, papá.

FRAN. Ah, buenos días, Quica.  
QUICA Dios guarde a usted, don Francisco y la compañía.  
TONO Hola.  
FRAN. ¿Qué te trae por acá?  
QUICA Vengo a hablar con usted.  
FRAN. Pues siéntate.  
QUICA Gracias. (Se sienta.)  
TONO Yo me voy, don Francisco.  
FRAN. Anda con Dios, hombre.  
TONO Hasta luego. Adiós, Maruja, adiós, Quica.  
QUICA Adiós.  
(Vase Tono por la puerta del foro.)

### ESCENA XIII

MARUJA, QUICA y DON FRANCISCO

MAR. (Acercando una silla al niño.) Siéntate tú también, pequeño.  
QUICA A güena parte vas. Este no quié sentarse nunca más que encima de mí. Está tan enamdrao y me quiere tantismo.. Ponte aquí, vida mía.  
NIÑO ¡No me da la gana!  
QUICA ¿Te has fijao con qué gracia ha dicho no me da la gana?... ¡Es más salao este chico!..  
FRAN. ¿Y tu marido?  
QUICA En Madrid está. Como tos los años ha ido a pasar las fiestas de San Isidro... Hoy he tenío carta suya. El sábado creo que viene. Me trae un botijo de la pradera. ¡Ya ve usted qué ocurrencia! Como sabe que me gusta mucho el agua fresquita... Dice que siempre que pasa por un puesto de botijos se acuerda de mí.  
FRAN. Está bien, mujer, está bien.  
QUICA Güeno, y vamos a hablar de a lo que he venío.  
FRAN. Tú dirás.  
QUICA Yo, como usted sabe, de mi matrimonio, no he tenío más que este chico.  
FRAN. Ya lo sé.  
QUICA Este chico, que no es por pasión de madre, pero es precioso. Hay que ver qué ojos tiene



el angelito, y qué boca, y qué mofletes... (Le besa.) Es lo mesmo que yo cuando tenía sus años. De su padre no ha sacao más que un lunar que tiene mi Baldomero en salva sea la parte...

FRAN. Bueno; dejemos á un lado las interioridades de Baldomero.

QUICA. Tié usted razón; voy al asunto. Tanto y tanto ha insistio mi marido conque era una vergüenza que Baldomerín no supiera leer toavía, teniendo diez años ya, que al fin me he decidido a traérselo a usted.

FRAN. Pues mira, en esa habitación está el otro maestro. Con él es con quien has de entenderle, porque yo por ahora...

QUICA. Ya, ya sé que usted no les da clase ahora; pero quiero hablarle antes que a don Otavio pa hacerle algunas advertencias.

FRAN. Vengan.

QUICA. Mire usted, mi Baldomerín es único. No se encuentra otro como él en todos estos con tornos. ¡Tié un talentol... Paece mentira que a su edad hable como si fuera un hombre... ¡Querrá usted creer que dice más palabrotas feas que su padre!...

FRAN. ¿Sí?

QUICA. Sí, señor. Y se sabe muchas cosas del Catecismo. Anda, monín, dile al maestro como acaba el Padrenuestro. (El niño se resiste a complacerla.) Anda, dile cómo acaba.

NIÑO. Amén.

QUICA. (Gozosa.) ¿Ve usted?... Pues no se lo ha enseñado nadie. Por eso quiero que le diga usted al maestro nuevo que no me le apriete mucho.

FRAN. Descuida.

QUICA. Yo estoy muy entusiasmá con él y aunque me cueste algunos sacrificios pienso darle carrera. ¿Cuál le paece a usted que será la mejor?...

FRAN. Todavía es pronto para decidir nada...

QUICA. Es verdad. Melitar, desde luego, no. Cura, tampoco, porque no se puen desayunar hasta que dicen la misa, y mi Baldomerín ¡está tan flacucho!

FRAN. Cuando sea tiempo, ya veremos.

QUICA Vaya, pues no canso más. (Se levanta.) ¿Dice usted que ahí está don Otavio?

MAR. Sí, ahí está.

QUICA Pues voy a verle. Adiós, don Francisco.

FRAN. Anda con Dios...

QUICA A ver cómo le recomienda usted a mi chico.

FRAN. Descuida.

QUICA Dígale usted que no me le riña nunca y sobre tó que no me le pegue.

FRAN. No, aquí no se pega a nadie.

QUICA Pues hasta luego.

FRAN. Adiós, mujer.

QUICA Anda, sol mío, rico, lucero, encanto de tu madre... (Vase por la derecha sin dejar de besar a su hijo.)

## ESCENA XIV

MARUJA y DON FRANCISCO

MAR. ¡Gracias a Dios! Creí que no se iba nunca.

FRAN. Sí que es un poco pesada la buena de Quica.

MAR. Y ahora que se ha ido, vamos a hablar los dos aquí solitos. (Se sienta al lado de su padre.)

FRAN. Me parece muy bien.

MAR. Tu Marujita, tu niña mimada tiene que pedirte un favor.

FRAN. No, no, no te canses.

MAR. ¿Sabes ya lo que voy á decirte?

FRAN. Que me acueste.

MAR. Debes estar fatigado del viaje. Anda, papáito.

FRAN. Pero si no estoy cansado. ¡Vaya una manía!

MAR. Tiene razón don Aquilino, eres incorregible. (Se levanta.)

FRAN. Deja eso ya y pasemos a lo nuestro.

MAR. ¿Y qué es lo nuestro?

FRAN. Lo de todos los días. (La da una llave.) Toma, aquí tienes la llavecita.

MAR. No, hoy sí que no.

FRAN. Pero, mujer, ¿qué trabajo te cuesta?... Es con lo único que disfruto en estos días tan tristes... Mira, en el segundo cajón, a mano derecha, está el paquete de planas que co-

responde al curso de 1895, lo sacas y me lo das. ¡Anda!

MAR. Bueno. (Se dirige a la cómoda, abre uno de los cajones y saca un paquete de planas atado con una cinta y se lo entrega a don Francisco.) Aquí está.

FRAN. Trae. (Lo coge, lo desata con mucho cuidado y después lo besa.) Este mi tesoro, Marujita, mi único tesoro. ¡Si tú supieras cuánto valen para mí estas hojas llenas de garabatos y borrones!... No me cansaré de decírtelo nunca. Cuando muera, quiero que me lo coloquen encima.

MAR. Si vas a empezar como de costumbre vuelvo a guardarlas

FRAN. No, eso no. (Vuelve a besarlas.) Anda, siéntate.

MAR. Ya estoy.

FRAN. Toma, lee. (Le da una.)

MAR. Esta es sólo de palotes. Y aquí en el margen hay un nombre escrito por ti.

FRAN. ¿Cuál?

MAR. Juanito Valverde.

FRAN. Ah, sí, Juanito Valverde... ¡El gran Juanito! Parece que le estoy viendo, con aquellos ojos tan azules y aquel pelo tan rubio... ¡Pobrecillo!.. (Transición.) ¡Qué bruto era!... (Le da otra.)

MAR. Esta otra es de mayúsculas. A, B, C, D...

FRAN. ¿Que nombre tiene puesto?

MAR. Ninguno.

FRAN. ¿Ninguno? (Muy emocionado.) Trae. ¿La A está corregida, verdad?

MAR. Sí, y la F.

FRAN. Es de tu hermano, de mi Pepito... Las correcciones se las hizo tu madre. Trae, trae... (La besa.)

MAR. ¿Lo ves?... No leo más.

FRAN. Sí, mujer, sigue, sigue... Estas planas son para mí como las cartas y las flores que guardan los enamorados... Sigue... (Da varias planas a Marujita.)

MAR. Esta es de Luisito Menéndez.

FRAN. Luisito mil hombres, como le llamaban sus amigos, porque era muy pendenciero. Lee.

MAR. (Leyendo.) Amílcar, Barcelona, Dulzura, Esperanza, Cádiz, Felicidad y Granada...

FRAN. Muy bien.

- MAR. Esta de Periquito Martín. (Lee.) «Dios es inmortal. El hombre está compuesto de cuerpo y alma. La hipocresía es el puñal de la virtud.» (Viendo que don Francisco da cabezadas.) ¿Lo ves? Te estás cayendo de sueño.
- FRAN. No, mujer, continúa.
- MAR. De Antoñito Roldán, palotes; de Manolito Suárez, palotes y curvas; de Pablito Jiménez, vocales; de Santiaguito Pastor, una plana de sexta, que dice...
- FRAN. Lee, lee..
- MAR. Copia del Quijote. Segunda parte. «Dichosa edad y siglos dichosos, aquellos a quienes los antiguos pusieron el nombre de dorados y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa, sin fatiga alguna. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes. A nadie le era necesario para ganar su diario sustento...» (Al levantar la cabeza ve que don Francisco se ha dormido.) Papá, papá. (Se levanta y le besa con mucho cuidado en la frente.)

## ESCENA ULTIMA

DICHOS y DON OCTAVIO, a poco JUANITO seguido de varios niños que entran con gran algazara por la puerta del foro

- OCT. Maruja. ¿Eh?... ¿Se ha dormido?
- MAR. Le rindió el cansancio... No quise accersarse...
- OCT. ¡Pobre maestro!...
- JUA. Buenos días.
- OCT. Chist... (Impóniéndoles silencio.) ¿Por qué entráis por aquí?...
- NIÑO 1.<sup>o</sup> Como estaba abierta la puerta, por no dar la vuelta a la esquina. ¿Vamos a la clase?
- OCT. Antes, esperad. En esta escuela, según tengo entendido besábais todos la mano a don Francisco antes de entrar en clase. ¿No es verdad?
- JUA. Sí, señor. (Va a besar la de don Octavio.)
- OCT. No, no es a mí a quien tenéis que besar la mano, sino a don Francisco. Decídselo a

vuestros compañeros y que no sepa yo que dejáis de hacerlo ningún día. Ahora vamos, y muy despacito, no se despierte. (Uno a uno, van los niños besando lo mano a don Francisco que, dormido, repite la oración que ha dicho antes. El telón va cayendo lentamente, mientras los chicos pasan por delante del viejo maestro.)

MAR.

(Conmovida y mirando agradecida a don Octavio.)  
¡Es muy bueno, muy bueno!... (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO





## ACTO SEGUNDO

---

La misma decoración del acto primero. Es en Verano por la mañana

### ESCENA PRIMERA

La escena sola. A poco de levantarse el telón sale por la puerta del foro MARUJA, la cual viene con mantilla, y lleva en la mano un rosario y un libro de misa. Se dirige hacia la cómoda, y después de quitarse la mantilla, se dispone a guardarla en uno de los cajones, cuando sale DON OCTAVIO por la izquierda

- OCT. Dios guarde a usted, Maruja.  
MAR. Buenos días, Octavio. ¿Usted aquí?  
OCT. Sí; he llegado hace un momento ¿Viene usted de misa?  
MAR. Sí, señor; de cumplir mis deberes religiosos, como todos los domingos.  
OCT. Yo no he podido ir y lo siento; pero tenía que escribir una carta que debe salir hoy mismo, y por no perder el correo...  
MAR. Siendo por una causa tan justa, Dios le perdonará.  
OCT. Dios, sí; pero las beatas del pueblo, no. Bien se habrá comentado mi ausencia. Por eso procuraré que no vuelva a suceder. Desempeñando un cargo como el mío, hay que evitar las murmuraciones, y en cuanto faltase dos domingos a la iglesia, dirían que era un librepensador o un ateo, y entonces,

- ¡adiós escuela!... ¿Don Francisco tampoco ha ido?
- MAR. Sí, señor. En la plaza se ha quedado hablando con el alcalde. No ha querido que yo le esperase para venirnos juntos. Toda su ilusión es andar sólo por el pueblo para que nos convenzamos de que no le hace falta lazarillo, como él dice.
- OCT. Lo que más me admira es lo esperanzado que continúa en recobrar la vista. Desde Abril le están diciendo: el mes que viene estará usted en disposición de operarse, y llega la fecha fijada, y le repetirán el mes que viene... Y don Francisco, aunque refunfuña un poco al principio, se resigna y aguarda confiado.
- MAR. Y menos mal que conseguimos engañarle así.
- OCT. Dios nos ayuda, porque es una mentira piadosa, Marujita.

## ESCENA II

DICHOS y DOÑA PAULINA por la puerta del foro

- PAU. ¿Se puede?
- OCT. Adelante, doña Paulina, adelante.
- PAU. Buenos días.
- MAR. ¿Qué tal?
- PAU. Bien, ¿y usted?
- MAR. Bien.
- PAU. Por su padre no le pregunto porque acabo de verle en la plaza.
- MAR. Sí; allí le he dejado.
- PAU. (A don Octavio.) Usted se preguntará: ¿a qué vendrá doña Paulina aquí tan de mañana?
- OCT. Ya sabe usted que puede venir a la hora que guste. Esta es su casa.
- PAU. ¡Qué más quisiera yo... Que tener una escuela así digo, porque lá mía es tan baja de techo... Pues vengo a pedirle a usted un favor...
- MAR. Yo, con el permiso de ustedes, me retiro.
- PAU. No se vaya usted, Marujita, no es secreto...
- MAR. Muchas gracias; pero es que tengo que ha-



cer por allá dentro. Hasta después. (Vase por la derecha.)

PAU. ¡Vaya usted con Dios!

### ESCENA III

DOÑA PAULINA y DON OCTAVIO

- OCT. Siéntese usted, doña Paulina.  
PAU. Gracias. (se sientan los dos.) Yo creí que le vería a usted en la iglesia, y pensaba hablarle a la salida de misa.
- OCT. No he podido ir, y como la decía antes a Maruja, lo siento, porque en estos pueblos se mira tanto esas cosas... y luego todo se critica.
- PAU. ¿Que si se critica?... Dígamelo usted a mí. No he visto sitio dónde se murmure más. De los granos de arena hacen montañas. Ya ve usted qué de particular tiene que estemos hablando aquí los dos solos; bueno, pues habrá que oír las cosas que digan. Que si el maestro... que si la maestra... que si usted y yo... que si... ¡uf!... Menos mal que yo, teniendo la conciencia tranquila, me lio la manta a la cabeza. Lo de *vox pópuli vox Dei* es una solemne tontería... Digo; me parece a mí.
- OCT. Sí, a veces.  
PAU. Y vamos a lo nuestro. Voy a abusar de su amabilidad.
- OCT. De ningún modo. Diga usted lo que guste.  
PAU. ¿Me puede usted prestar, sólo por unos días, el mapa mudo de Europa que tiene en la clase?...
- OCT. No faltaba más. Todo lo que usted quiera.  
PAU. Muchas gracias. Lo necesito para explicar unas lecciones a mis discípulas... ¡Como mi escuela está tan mal dotada!...
- OCT. Si quiere usted el otro, el que tiene nombres, lléveselo también.
- PAU. No, ese le tengo; el caso es el mudo.  
OCT. Pues está a su disposición.  
PAU. Para mí tiene más encanto no teniendo letreros. (Con intención.) ¡Resulta más poético averiguar lo que no se nos dice!...

- OCT. Desde luego se fija más la atención de los niños.
- PAU. A mí me gusta mucho la Geografía y la Historia. Bastante más que las labores.
- OCT. Es raro. En una mujer...
- PAU. Sí, es raro; pero ¿qué quiere usted que le diga? A mí la almohadilla del encaje de bolillos no me dice nada; la *lanzadera* del frivolidé no me dice nada; las sedas de los bordados no me dicen nada, y los *bodoques* del encaje inglés, tampoco me dicen nada... ¡Al fin, bodoques!.. Bueno, no quiere esto decir que yo sea enemiga declarada de la aguja, nada de eso. (Recalcando mucho sus palabras.) Yo le aseguro a usted que el día que me case, mi marido no llevará ningún roto, porque a mujer de mi casa no me gana nadie. Sé coser como la mejor costurera y guisar como la mejor cocinera. No quita que una haya leído a Shopenhauer para que le salgan los garbanzos como manteca.
- OCT. Claro que no.
- PAU. Pero como le he dicho a usted antes, los estudios históricos y geográficos son los que me enamoran. La Geografía nos habla de mares azules y de lagos tranquilos, y de montañas cubiertas de nieve y de ríos que se deslizan murmurando... ¡Qué bonito!... Y de la Historia no hablemos. Cuánto emociona la descripción de las batallas y las biografías de reyes que se casaron con reinas, y de príncipes que lo sacrificaron todo al amor y de infantas que tuvieron infantitos... ¡Ay, yo admiro mucho a Felipe II!
- OCT. Y yo. Fué un gran rey.
- PAU. Y un valiente. ¡Se casó cuatro veces!
- OCT. (Viendo aparecer a don Francisco por el foro.) Ya está aquí don Francisco.

#### ESCENA IV

DICHOS y DON FRANCISCO por la puerta del foro

- OCT. Buenos días, maestro.
- PAU. Felices, don Francisco.

- FRAN. Buenos los tengan.  
OCT. ¿Viene usted de oír misa?  
FRAN. ¡De oír!... Diremos lo que el baturro del cuento. «¿Has oído misa?... Quiá, si el cura la decía mu bajico.» Ahora no tengo ni el consuelo de ver al sacerdote. Pero, en fin, he estado en la iglesia, he rezado y he oído tocarla campanilla y cuchichear a tres viejas.
- PAU. Algo es algo.  
FRAN. Maruja...  
OCT. Se fué allá dentro, don Francisco.  
FRAN. Ah, yo creí que estaba con ustedes.  
PAU. No, señor. Estábamos aquí solos don Octavio y yo muy entretenidos hablando...  
FRAN. (Con intención.) De Pedagogía.  
PAU. Justo, de asuntos pedagógicos... (A don Octavio.) ¿Vamos por el mapa?  
OCT. ¿Pero va usted a ir cargada con él?... Yo se lo enviaré.  
PAU. Por Dios, si arrollado no abulta nada, y voy derecha a mi escuela.  
OCT. Como usted quiera.  
PAU. Adiós, don Francisco.  
FRAN. ¿Se marcha usted ya?  
PAU. Sí, voy a recoger un mapa que le he pedido a don Octavio, y saldré por la puerta de la clase para no dar tanta vuelta.  
FRAN. Pues vaya usted con Dios.  
PAU. Hasta mañana. (Vanse doña Paulina y don Octavio por la izquierda.)

## ESCENA V

DON FRANCISCO, a poco MARUJA, por la derecha

- FRAN. Maruja, Maruja...  
MAR. ¿Qué quieres, papá?  
FRAN. Toma, pon mi sombrero por ahí y préstame tu abanico. ¡Qué calor hace!  
MAR. Como de Agosto. (Le da el abanico y coloca el sombrero de don Francisco sobre la cómoda.) Ahí va... ¿Pero no te sientas?  
FRAN. No estoy cansado.  
MAR. Pues has oído toda la misa de pie.  
FRAN. ¿Y qué tiene que ver eso? ¿Crees que voy

perdiendo las fuerzas? No, hija, no. Afortunadamente no estoy caduco, ni tengo achaques. Fíjate, fíjate qué poco arrastro los pies al andar.

MAR. Ya lo veo.

FRAN. Bien, señor, bien. Hoy estoy contento, Marujita, muy contento.

MAR. ¿Qué te ocurre?

FRAN. Nada. ¿No has sentido tú algunos días al levantarte una alegría interior que no obedece a ninguna causa, unas ganas muy grandes de vivir, una satisfacción inexplicable? En una palabra, lo que llaman levantarse de buen humor.

MAR. Muchas veces.

FRAN. Pues eso me ha sucedido a mí hoy. Me he levantado de buen humor porque sí. Y todo lo veo de color de rosa. Ya ves tú, un ciego que ve... y de color de rosa... ¿No ha venido el cartero todavía?

MAR. No; aún no.

FRAN. Es raro. Ya debía estar aquí. El correo llega a las nueve y son las nueve y media.

MAR. Llegará con retraso. Muchos días pasa lo mismo.

FRAN. ¿No tendremos carta hoy tampoco, Maruja?...

MAR. Yo creo que sí.

FRAN. Dos semanas ya que escribimos y aún no hemos tenido contestación. ¿Se perdería nuestra carta?

MAR. No.

FRAN. Pues si no se ha perdido contestará. Manolito Rosales no puede olvidarse de su maestro. ¡Me quería tanto!... Apostaría cualquier cosa a que ha llorado leyendo lo que le escribimos. Al enterarse de mi situación, me mandará un socorro, ya lo verás. Manolo está en buena posición, y para él no es un sacrificio. Pero aunque lo fuera, estoy seguro de que lo haría por mí.

MAR. Así me gusta; verte confiado siempre.

FRAN. Si me engañan al creer en el cariño de Manolo tendría una pena muy grande.

MAR. No la tendrás... porque tal vez hoy recibirás su carta.

- FRAN. Dios te oiga. (Pausa corta.)  
MAR. ¿Qué te ha estado diciendo el alcalde?  
FRAN. Me ha pedido mi opinión acerca de don Octavio.  
MAR. ¿Y tú? .  
FRAN. Le he dicho lo que me parece: que es un buen maestro.  
MAR. ¿Y te has convencido ya de que no es antipático?  
FRAN. Antipático no; pero no me niegues que su mayor satisfacción sería quedarse con esta escuela.  
MAR. Le juzgas mal. Octavio te quiere.  
FRAN. ¿Querirme? Me respeta, eso sí. Y ha tenido la delicadeza de suplicarme que explicase algunas lecciones a los niños. Eso se lo he agradecido mucho.  
MAR. Y según le vayas tratando te convencerás de que es muy bueno. Si hubieses visto lo que hizo ayer.  
FRAN. ¿Qué hizo?...  
MAR. Por la mañana entró un chico en clase llorando. No había comido nada desde la noche anterior, sus padres no podían darle pan y el pobrecillo tenía hambre. Don Octavio, a quien como sabes, traen el desayuno de su casa, le dió su desayuno... quedándose él sin tomarlo. Yo que lo vi, no pude menos de pensar: ¡Qué bueno es don Octavio!...  
FRAN. Tienes razón, hija. Lo mismo hubiera dicho yo: ¡Qué bueno es don Octavio; pero hubiese añadido... Y que malos son los que han dispuesto que al dar al alumno un pedazo de pan, se quede el maestro sin tener que llevarse a la boca!... ¡La historia de siempre!... ¡Pobres maestros!

## ESCENA VI

DICHOS y QUICA por la puerta del foro

- QUICA A la paz de Dios. ¿Dan ustés su permiso?  
MAR. Pase usted, Quica.  
QUICA Santas y güenas.

- FRAN.      Hola, mujer.  
QUICA      ¿No está el señor maestro?  
FRAN.      Sí; entra a avisarle, Maruja.  
MAR.      Voy.. (Vase por la izquierda Maruja.)  
QUICA      Gracias.  
FRAN.      ¿Y tu esposo y tu chico?  
QUICA      Bien. De mi chico precisamente vengo a hablar con don Otavio. Porque yo no puedo consentir lo que pasa. ¡Cómo me había yo de figurar eso!... ¡Ay, si mi alma lo sabe!...  
FRAN.      ¿Pero qué ocurre?...  
QUICA      Ahora lo sabrá ustedé.  
FRAN.      ¿Es que le ha castigado con dureza don Otavio?..  
QUICA      No, señor; al contrario. A eso es a lo que he venido, a que me le riña, a que me lo pegue, a que me lo mate... Porque es muy arrastrao, muy malo...  
FRAN.      ¿Eh?

## ESCENA VII

DICHOS y DON OCTAVIO y MARUJA, que cruza la escena y hace mut's por la derecha

- OCT.      Buenos días.  
QUICA      Güenos días, señor maestro.  
OCT.      Me ha dicho Marujita que quería usted hablarme.  
QUICA      Sí, señor.  
OCT.      Pues siéntese... (Se sientan los dos.)  
QUICA      Se agradece. Yo soy la madre de Baldome-rín, ¿sabe ustedé?  
OCT.      Sí.  
QUICA      Y vengo...  
OCT.      ¿A enterarse de cómo va en la clase? Pues no va mal. Parece avispadillo y es juicioso.  
QUICA      ¿Juicioso? Ustedé no le conoce. Eso era antes. Pero ya no es el mismo. Desde que ha ent-rao en la escuela se ha vuelto otro. Me lo han cambiao.  
OCT.      Yo le aseguro á ustedé...  
QUICA      Es otro, es otro, y yo estoy muy acongojá. Porque tenía puestos en él mis cinco senti-dos. (Llorando.)

- FRAN. Pero mujer, ¿qué has notado en tu hijo para que te pongas así?...
- QUICA Muchas cosas. Se ha güelto enredador y ha aprendío unas mañas... Antes, cuando su padre tiraba un cigarro, Baldomerín lo cogía y empezaba a chuparlo con una gracia que era cosa de comérselo a besos. Y ahora, ya ve usté los vicios que ha sacao, en vez de coger las colillas ¡fuma cigarrillos de anís!
- FRAN. ¡Uf, qué perversión!
- QUICA Pues nay más. Ante anteayer, que se encontró a su primita, la tiró un pellizco en un brazo y ¿saben ustés lo que la llamó?...
- FRAN. ¡Qué se yol
- QUICA ¡Só negra!...
- FRAN. ¡Vaya con Baldomerín!...
- QUICA Por eso me he decidío a venir a hablar con usté. Pa que tenga mucho cuidao con quién se junta mi chico, y no me le deje de la mano, porque esas pillerías no las ha aprendío más que en la escuela.
- OCT. ¿En la escuela?
- QUICA Sí, señor, aquí. (Se levanta.) En mi casa no habrá oído llamar a nadie so negra. Por algo no quería yo traerle. Tié razón el señor cura; las malas compañías hacen mucho.
- OCT. ¿Y cómo quiere usted que yo impida?... Al acabar la clase se marchan todos juntos...
- QUICA Pues hágales usté salir uno a uno. Pa eso es usté el maestro, pa enseñarles a leer y pa darles educación. ¿Y si no pa qué les pagan a ustés y pa qué les damos una perra gorda toas las semanas los padres de los chicos?...
- OCT. Está bien. (Se levanta.) Yo le aseguro a usted que en lo sucesivo, Baldomerín no saldrá solo de la escuela, yo le acompañaré hasta su casa.
- QUICA Eso es otra cosa. Me alegre que nos hayamos entendío.
- OCT. Sí, la he entendido a usted perfectamente.
- QUICA Pues no canso más. Hasta otra y conservarse güeno.
- OCT. ¡Vaya usted con Dios!
- QUICA Adiós, don Francisco.
- FRAN. Adiós, mujer, adiós. (Vase Quica por la puerta del foro.)

## ESCENA VIII

DON FRANCISCO y DON OCTAVIO

- OCT. ¿Ha oído usted? (Con amargura.) Hasta le echan a uno en cara los diez céntimos semanales que le dan.
- FRAN. ¡Y le extraña! Ay, amigo Octavio, bien se ve que es usted novato en la profesión. Recién salidito de la Normal.
- OCT. Un año hace que obtuve el título de maestro.
- FRAN. Entonces, claro, no tiene nada de particular. La Pedagogía nos enseña cómo hemos de educar a los niños; pero no nos habla de las luchas que hay que sostener con los padres. Ese es el primer obstáculo con que se tropieza.
- OCT. Pero yo creí...
- FRAN. ¿Que podría salvarlo fácilmente? No. Solo es cuestión de tiempo, de paciencia y de amor a la profesión. Yo vine aquí como usted, confiado en que mis conocimientos y mi bondadosa indulgencia para con los chiquillos me darían un resultado excelente. Mi única labor debía ser procurar que me respetasen y quisieran mis discípulos. ¡Y qué trabajo me costó lograrlo! Los padres, inconscientemente acaso, son nuestros primeros enemigos. Unas veces se burlan de nosotros delante de sus hijos: ¡El maestro de escuela!... Y otras les amenazan con nuestras reprensiones, diciéndoles: Se lo voy a decir al maestro pa que te pegue. Y así, en vez de fomentar el amor que debe existir entre el alumno y el maestro, despiertan en ellos la indiferencia o el temor.
- OCT. Es verdad.
- FRAN. ¿Que si es verdad? Mira: los primeros días que dí clase, algunos niños no querían entrar en la escuela ni a tres tirones y cuando les obligaba yo a que penetrasen, cogiéndoles de la mano, me miraban con miedo, porque sus madres para asustarles cuando eran chiquitines, en vez de decirles que viene el



- OCT. coco, les habían dicho: ¡Que viene el maestro!  
¿Será posible?
- FRAN. ¡Vaya si lo es! Tú no sabes todavía la poca estimación en que se nos tiene. Que aprende a leer pronto el niño: ¡Qué listo es!... Que tarda en aprender: ¡Claro, el maestro no le enseña... y a la menor diablura que el chiquillo hace en casa, la obligada pregunta: ¿Es esto lo que te enseñan en la escuela?... Lo que te digo, para ser maestro hace falta verdadero amor a la profesión. Cuando estudiáis en la Normal debían contaros todas estas cosas, para que luego no os cogieran de sorpresa.
- OCT. Tiene usted razón. Debían hablárnos claramente; decirnos quienes son los primeros que no procuran que la enseñanza sea lo que debe ser.
- FRAN. Ay, hijo; si algún catedrático se atreviera a decir en plena clase quiénes son los primeros que no procuran que la enseñanza sea lo que debe ser, sería denunciado por ofensas á los Gobiernos. Hay que tener resignación, Octavio. Yo todo lo he sufrido con gusto por mi amor a los niños. (se levanta.) Todo por ellos.
- OCT. Sí, todo por ellos.
- FRAN. Que así como, según dice el poeta, las mujeres llevan en su corazón un niño dormido, los maestros llevamos uno despierto que empieza a balbucear las primeras letras. El día más triste de mi vida fué aquel en que tuve que dejar de dar clase.
- OCT. Lo sé.
- FRAN. Pero puedes creer que lo sentía más por lo que me alejaba de los niños que por los días negros que se presentaban para mí. ¡Y eso que me quedaba sin tener que llevarme a la boca!
- OCT. ¡Triste fin el del maestro!
- FRAN. El tuyo no será ese. Porque eres joven y no creo que tardarán mucho los gobiernos en darnos su protección. El decoro de la patria lo exige, porque es vergonzoso que se diga en un país como el nuestro: tienes más hambre que un maestro de escuela. La triste

- leyenda del maestro debe desaparecer como desaparecieron la de los duendes y la de las brujas.
- OCT. ¿Y lo verá yo?  
FRAN. Tal creo.
- OCT. (Con desaliento,) No lo verá, no lo verá.  
FRAN. Mire usted qué demonio, hombre. Trataba de consolarle por lo que te había dicho la Quica y sólo he conseguido entristecerte más.
- OCT. Eso no, y me ha dado usted una de las mayores alegrías.  
FRAN. ¿Cuál?  
OCT. Hoy me ha tuteado usted por primera vez.  
FRAN. Calle, pues es verdad. Y no me he dado cuenta de ello.
- OCT. Eso precisamente quería yo, que sin notarlo, fuese usted teniendo confianza conmigo.  
FRAN. Es verdad. Te confieso que poco a poco te has ido entrando en mi corazón. Te creí un enemigo cuando llegaste a mi escuela; pero después he visto que me engañé.
- OCT. ¿Por qué pensaba usted mal de mí!  
FRAN. Es en la primera ocasión en que he sido pesimista. Y no me pesa... porque esta alegría de haberme equivocado no me la quita nadie.
- OCT. ¿Volverá usted a desconfiar de mí?  
FRAN. No, ya no. Ven acá. (Le abraza.) Con este abrazo queda borrado todo.
- OCT. (Conmovido.) ¡Maestrol  
FRAN. Maestro, no, compañero. Compañero de penas y fatigas. Dios quiera que cuando llegues a mis años, al abrazar a quien venga a sustituirte, no le digas lo mismo.

## ESCENA IX

DICHOS y TONO por la puerta del foro

- TONO (Al ver abrazados a los dos maestros se detiene.) El abrazo del señor Vergara.  
FRAN. ¿Eh?  
TONO ¿Se può pasar?  
FRAN. Adelante, Tono.

- TONO Güenos días.  
OCT. Hola.  
TONO ¿Qué tal marcha usted, don Francisco?  
FRAN. ¿Bien, y tú?  
TONO Bien. Yo creí que andaría usted por los pinares como los domingos.  
FRAN. No, hoy hace mucho calor.  
TONO ¡Qué va a hacer! A la sombra de los árboles está muy hermoso.  
OCT. Sí que estará. (A don Francisco.) ¿Quiere usted que nos demos un paseito por allí hasta la hora de comer?  
FRAN. Bueno.  
OCT. Pues voy por el sombrero y el quitasol. (Vase por la izquierda.)

## ESCENA X

DON FRANCISCO y TONO

- TONO Don Francisco, ¿quiere usted hacerme el favor de sentarse?  
FRAN. ¿Por qué?  
TONO Porque quiero hablar con usted de una cosa mu seria.  
FRAN. ¿Ah, y las cosas serias hay que tratarlas sentados?  
TONO Es que...  
FRAN. Ni una palabra más. Te obedezco. (Se sienta.)  
TONO Di lo que gustes.  
TONO Voy a decírselo a usted antes de que salga el maestro, porque no quiero que se entere.  
FRAN. Pues vámonos a mi cuarto.  
TONO No, porque allí estará la Maruja y tampoco quiero que se entere.  
FRAN. Entonces, habla ya.  
TONO Sí, señor, verá usted... Yo... (Pausa larga.)  
FRAN. Si vas a llevar a ese paso la conversación saldrá Octavio antes de que me hayas dicho una palabra...  
TONO Tié usted razón, voy a hablar sin arrodéos, y usted desimule si meto la pata. Yo soy como Dios me ha hecho...  
FRAN. Y en verdad que no se ha esmerado mucho contigo el Todopoderoso.

- TONO           ¿Por qué lo dice usted?... ¿Cree usted que soy malo?
- FRAN.           No, hombre.
- TONO           Ah, qué susto me había llevao.
- FRAN.           ¿Susto?
- TONO           Sí, porque si a usted no le parezco güeno, ¡adiós mis ilusiones!
- FRAN.           Ah, vamos, ya sé por donde vas.
- TONO           (Asombrado.) ¿Lo sabe usted?
- FRAN.           Cualquiera que no seas tú se lo figura todo en un caso análogo. Quieres a mi hija, ¿no es eso?
- TONO           Y quiero casarme con ella. Si me corresponde y usted no dice que no.
- FRAN.           ¿Por qué he de oponerme? Eres un buen chico.
- TONO           Gracias.
- FRAN.           Y sé que estás muy enamorado de Maruja.
- TONO           Como un animal, sin agraviar a naide.
- FRAN.           Agraviándote a ti solamente.
- TONO           Pa mí no hay otra mujer en el mundo. Y no es de hoy. Desde pequeño la he querido con toa mi alma. Creo que no me entraban bien las letras, porque nos daba usted lección a los dos juntos, y yo en vez de mirar pa la cartilla miraba a Maruja.
- FRAN.           No, no era por eso.
- TONO           Cuando la tenía delante me quedaba emboobao... Y cuando no me parecía estarla viendo siempre. Iba al campo y con mi pensamiento allí estaba, iba a la iglesia y allí estaba también, me metía en la cuadra. .
- FRAN.           Hombre...
- TONO           Y luego por las noches...
- FRAN.           Ni aun con el pensamiento estaría en tu alcoba.
- TONO           No, señor; pero hasta que me quedaba dormido no dejaba de acordarme de ella, porque no púe usted figurarse lo trastornao que me tiene. Cuando está alegre me rebosa a mí la alegría por tó mi cuerpo, y cuando está triste se me pone un nudo aquí, en la garganta, que me ahoga. Por quitarla una pena sería yo capaz de los mayores sacrificios.
- FRAN.           ¿Y tus padres lo saben?

- TONO Sí, señor, y me han dicho que hable con usted, y que si usted me aceta, ellos no tienen que poner ningún reparo, y que me darán la viña y una yunta. Sin perjuicio de ayudarme con más cuando me haga falta, porque ya se sabe que el casao tié obligaciones y que luego vienen los críos y hay más gastos... En fin, en cuentas redondas, por ahora la viña y dos mulas, y según vaya teniendo hijos tendré más bestias.
- FRAN. Si salen a ti desde luego.
- TONO De modo que usted dirá.
- FRAN. Ya te lo he dicho todo, hijo. Por mi parte no hay inconveniente. Si mi chica te quiere os casais y paz Cristi.
- TONO ¿Qué es paz Cristi, don Francisco?...
- FRAN. Nada. Yo no torceré nunca las inclinaciones de mi hija. Con que ya lo sabes, de ella depende, de ella solo.
- TONO ¡Cuidao que es usted güeno!... Me deja usted que le bese la mano.
- FRAN. ¿Para qué?
- TONO Pa demostrarle mi agradecimiento. (se la besa.) Dios se lo pague. En recuerdo de usted al primer hijo que tenga le llamaré don Francisco. (Le besa repetidas veces.)
- FRAN. Quita, bobo.

## ESCENA XI

DICHO, MARUJA y DON OCTAVIO por la izquierda

- OCT. Cuando usted quiera, don Francisco.
- MAR. Hola, Tono.
- TONO Buenos días, Maruja.
- MAR. ¿Vas a dar una vuelta, papá?...
- OCT. Sí; me le llevo hasta la hora de comer.
- FRAN. En los pinares estamos, con que ya lo sabes, en cuanto llegue el correo me llevas allí la carta.
- MAR. ¡Márchate tranquilo!
- FRAN. Hasta luego.
- MAR. Adios, papá; adiós, Octavio.
- OCT. Adiós. (Vanse don Francisco y don Octavio por la puerta del foro.)

## ESCENA XII

MARUJA y TONO. Maruja se dirige a la ventana y desde allí dice adiós con la mano

- TONO (Con recelo.) ¿A quién dices adiós?  
MAR. A mi padre.  
TONO ¡Pero si tu padre no te ve!  
MAR. Me ve Octavio y se lo dice.  
TONO ¿Estás segura de que se lo dice? Porque don Francisco no se güelve pa contestarte y él no hace más que mirar pa aquí. (Con rabia.)  
Pué ser que se crea le despides a él.  
MAR. ¡Qué cosas tienes!...  
TONO Afortunadamente no se te ha ocurrido tirar besos como otras veces, porque si no... ¡Y entoavía dicen que es malo el oficio de correo!...  
MAR. Tú sí que eres malo.  
TONO ¿Yo?  
MAR. Mal pensado.  
TONO Perdóname, comprendo que he dicho una tontería.  
MAR. (Se saca del pecho un pliego de papel y se dirige al pupitre) Menos mal que tú mismo lo reconoces. (Se sienta a escribir.)  
TONO ¿Qué vas a hacer?  
MAR. Con tu permiso voy a terminar esta carta.  
TONO ¿A quién escribes?...  
MAR. ¿Te interesa mucho saberlo?  
TONO Más de lo que tú te figuras.  
MAR. Pues dispénsame, Tono; pero no puedo decirte.  
TONO ¿Por qué?  
MAR. Porque no.  
TONO Tienes razón. He sío un imprudente. (Con intención.) Hay cosas que no se deben preguntar y máxime estas que se las supone uno.  
MAR. ¿Qué te supones?  
TONO La verdad. Que escribes a tu novio.  
MAR. Te equivocas. Yo no tengo novio.  
TONO (Con desconfianza.) ¿No?  
MAR. No.

- TONO Por primera vez en mi vida no te creo, y me duele no creerte.
- MAR. Haces mal porque no te he engañado nunca.
- TONO Ya lo sé. No me has engañao hasta hoy.
- MAR. Ni hoy tampoco.
- TONO No desimules, Maruja. Aunque soy tan bruto lo he comprendío todo. Ya he visto de ande te has sacao la carta, el afán con que has empezao a escribirla. Bien se ve que es pa una persona a quien quieres mucho.
- MAR. En eso no andas descaminado. Es para una persona a quien quiero con toda mi alma.
- TONO ¿Lo ves?
- MAR. Pero no es para quien tú te figuras. Toma, lee. (Le alarga la carta.)
- TONO ¿Pa qué me la das si de sobra sabes que no voy a entenderla?
- MAR. Conmigo la entenderás. (se levanta.) Ven. Aquí dice «Queridísimo».
- TONO ¡Queridísmo!...
- MAR. Aguarda. ¿Qué letra es esta?
- TONO No lo sé. Toas me parecen iguales.
- MAR. Es una m, y esta una a, y esta otra una e, y luego vienen la s, la t, la r y la o. Y juntas dicen maestro. Queridísimo maestro.
- TONO ¿Eh?
- MAR. Esta carta es para mi padre, Tono.
- TONO ¡Pa don Francisco!
- MAR. Sí.
- TONO No te entiendo, Maruja.
- MAR. Lo que aquí escribo debió escribirlo otra persona a quien mi padre acudió creyendo que aun se acordaba de él. La ansiada contestación no llega y por eso he ideado este engaño. Gracias a él tendrá la ilusión de que su alumno no le olvidó. ¡Como no ha de ver nunca otra carta no podrá figurarse quién la ha escrito!.. Se contentará con há-cérmela leer muchas veces.
- TONO Perdóname, Maruja.
- MAR. Ya ves cómo no te engañaba...
- TONO Perdóname. He sido un... majadero al dudar de ti. ¡Pero me daba tanto coraje que no me lo dijeras!... Estaba celoso...
- MAR. Calla, Tono.

- TONO No, no callo, no puó callar por más tiempo... Te quiero, Marujita, te quiero.
- MAR. No, no.
- TONO Sí, te quiero desde hace muchos años. A mis padres se lo he dicho y al tuyo... Y tos consienten porque me ven muy enamorado y comprenden que sin tí no podría vivir. (Con pasión.) Porque tú pa mí lo eres todo, el aire que respiro y la luz que veo. Te quiero mucho, Maruja, mucho.
- MAR. ¿Para qué has hablado, Tono?
- TONO ¡Pa que lo sepas. ¡Si vieras el descanso que me da el decírtelo!
- MAR. (Con tristeza.) ¿Y crees que no lo sabía?
- TONO ¿Lo sabías?
- MAR. Sí. Por eso temía yo que llegase este momento, por eso procuraba yo evitarlo, porque yo te quiero mucho.
- TONO ¿De veras?
- MAR. Sí; pero no te quiero. (Rompe a llorar.)
- TONO ¿Qué dices?... Expíciate, mujer; ¿a qué vienen esas lágrimas?...
- MAR. No te quiero, no te quiero. Tú para mí serás siempre un hermano; pero otra cosa no. Por eso lloro. Porque te quiero... y no te quiero. Y me apena porque comprendo que mereces mi cariño; pero en el corazón nadie manda, Tono.
- TONO (Muy impresionado.) No llores, mujer, no quiero verte llorar.
- MAR. Es que mi gusto sería...
- TONO No llores. Tal vez me haya declarao muy pronto, aguardaré y...
- MAR. No, no quiero darte esperanzas. Yo no me casaré contigo. Prefiero hablarte claro a engañarte.
- TONO Es verdad; mejor es que hables claro.
- MAR. Tono, Tono...
- TONO No te disgustes, mujer, si yo lo comprendo, si tú no tiés la culpa. ¡Me lo debí figurar; soy tan bruto!...
- MAR. Cuánto me duele tener que quitarte las ilusiones. ¿Por qué pondrías los ojos en mí?
- TONO Porque me gustabas; por lo que has dicho antes, porque nadie manda en el corazón... Desde pequeño me hice a la idea que habías



de ser mía y ya lo miraba como la cosa más natural del mundo.

MAR. ¿Lo ves?... ¡Qué tristeza!... Tal vez por mí no serás feliz ya. ¡Qué pena, qué pena!...

TONO Eso no; yo no puedo consentir que tengas ese remordimiento. Estate tranquila. Bien mirao tal vez no te querré tanto como yo me figuro... ¡Seguramente!... Y no me costará mucho trabajo consolarme... (Casi llorando.) Ya ves, me has dicho que no me quieres y me he quedao tan fresco.

MAR. Lo dices para tranquilizarme; pero no es verdad.

TONO Si que lo es... Y aunque no lo fuera. Si tú me desprecias otra me querrá. (Haciendo esfuerzos por sonreír.) Dicen que cada hombre toca a siete mujeres, de modo que tú calcula. ¡Siete me están esperando! ¡Figúrate si tengo dónde elegir!

MAR. Perdóname, Tono.

TONO Tú eres quien ha de perdonarme. Toa la culpa es mía... Paece mentira que viéndote tan guapa me hiciera ilusiones... Si me miro esta mañana al espejo... sigo callao como hasta ahora.

### ESCENA XIII

DICHOS y DON AQUILINO por la puerta del foro

AQUIL. ¿Se puede?

MAR. Adelante.

AQUIL. Buenos días. ¿No está don Francisco?

TONO Se ha marchao con don Octavio a los pinares.

AQUIL. ¿A los pinares? Pues no me doy la caminata hasta allá. Les esperaré aquí. (Acercándose a Maruja.) ¿Qué te pasa, Marujilla?

MAR. Nada.

AQUIL. Parece que te encuentro triste.

MAR. No, señor.

AQUIL. Más vale así. (Acercándose a Tono.) ¿Y tú qué dices, Tono?

TONO ¿Qué quíe usted que diga?

AQUIL. ¿Estás de mal humor?

TONO No.

AQUIL. Pues tienes cara de pocos amigos.  
TONO. Aprensiones tuyas.  
AQUIL. Puede. (Pausa. Se sienta al lado del velador.) ¡Vaya un calorcito el de hoy! ¿verdad?... Echa lumbre la tierra, ¿eh?... Me parece que todo esto va a acabar en una tormenta, ¿no?... A mí el verano me mata. No comprendo cómo hay quien lo prefiere al invierno. ¡Cuánto más agradables son los días de frío en que está uno al amor de la lumbre rodeado de su mujer y de sus hijos! En esta época sólo se puede respirar por las noches. Eso si las noches son hermosísimas. Ya lo dijo el poeta:

«Cuantos guardáis la tímida inocencia  
que a la esperanza y al amor convida,  
los que en el alma la impalpable esencia  
de su primer amor lloráis perdida;  
cuantos con dolorosa indiferencia  
vais apurando el cáliz de la vida;  
todos llegad y bajo el bosque umbrío  
sentid las noches del ardiente Estío.» (1)

(Maruja se echa a llorar ruidosamente y cae en el sillón enjugándose las lágrimas con el pañuelo. Don Aquilino, asombradísimo, se acerca a Tono.) ¿Eh?... ¿Qué le pasa a Marujita?... ¿Tú lo sabes, Tono? (Tono se levanta, va a contestarle y rompe a llorar, haciendo mutis por el foro.) Pues señor, vaya un efecto que les han hecho los versos. (Sale a llamar a Tono.) Tono, Tono... (Al ver que Maruja intenta marcharse por la derecha, la detiene.) Maruja, Maruja...

## ESCENA XIV

MARUJA y DON AQUILINO

MAR. ¿Qué quiere usted?  
AQUIL. Ven aquí. Es necesario que hablemos. Tienes que decirme por qué estás llorando.  
MAR. Si yo no...  
AQUIL. ¿Vas a tener secretos para conmigo que te

(1) De «El Estío», de D. José Selgas.

he visto nacer?... Vamos, sécate esas lágrimas y cuéntamelo todo. Ya sabes que yo te quiero mucho.

MAR.

Ya lo sé.

AQUIL.

Ea, pues ábreme tu pecho. (Se sientan los dos.)

Como si lo viera ha tenido la culpa Tono.

MAR.

Sí. Es decir, no... ¡Pobrecillo!...

AQUIL.

¿Entonces eres tú quien ha motivado la riña?

MAR.

Sí no hemos reñido.

AQUIL.

¿No?

MAR.

No, señor.

AQUIL.

Como tú te has echado a llorar y él también se ha ido llorando.

MAR.

¿Lloraba Tono?

AQUIL.

Lo mismo que tú.

MAR.

No me lo perdonaré nunca... Si yo pudiera. .

Pero no, no puede ser.

AQUIL.

¿Qué es lo que no puede ser?...

MAR.

Se lo voy a contar a usted todo.

AQUIL.

Eso es lo que deseo. Habla.

MAR.

Tono está enamorado de mí. Me lo ha dicho hace un momento...

AQUIL.

¿Y tú?

MAR.

Yo como le quiero mucho y no quiero que por mi causa sufra...

¿Le has dicho que sí?

MAR.

No, señor. Le he dicho que no.

AQUIL.

(Con asombro.) ¿Eh?

MAR.

Para él seré siempre una hermana; pero nunca su mujer. Por eso le he desengañado para que no insista.

AQUIL.

Has hecho bien.

MAR.

Eso creo; pero al pensar en el disgusto que le he dado, siento una pena...

AQUIL.

No estés preocupada. Ya se le pasará.

MAR.

¿Y si no se le pasa?

AQUIL.

Los hombres nos consolamos antes que las mujeres. Lo que debiste procurar al comprender que Tono te quería fué que no se te declarase.

MAR.

Ya lo procuraba; pero todo ha sido inútil. En una ocasión, convencida de que es muy bueno, hice el firme propósito de corresponderle... y no lo conseguí...

AQUIL.

No es extraño. Os habéis criado juntos y el amor, ese amor que Tono desea que le ten-

- gas, tiene que venir de fuera, de golpe... De lo contrario no es amor.
- MAR. También puede nacer con el trato; pero lo que usted dice, tiene que venir de fuera.
- AQUIL. Claro.
- MAR. Lo que me temo es que Tono desesperado por mi negativa haga alguna locura. (se levanta.)
- AQUIL. No...
- MAR. El pobre estaba tan confiado. ¿Quiere usted hacerme un favor, don Aquilino?
- AQUIL. Tú dirás. (se levanta.)
- MAR. Váyase usted a verle. A usted le respeta y le quiere mucho, háblele, procure consolarle.
- AQUIL. ¡Menuda comisión me das!
- MAR. Es que tengo miedo...
- AQUIL. Por tranquilizarte iré: pero puedes estar segura de que Tono se conformará con su suerte, y antes de quince días le verás con otra novia. Conozco el corazón humano mejor que tú.
- MAR. De todas maneras...
- AQUIL. Sí, sí, voy allá. Cuando venga tu padre le dices que he estado aquí y que volveré luego.
- MAR. Gracias, don Aquilino.
- AQUIL. Hasta luego. (vase por la puerta del foro.)
- MAR. ¡Vaya usted con Dios!...

## ESCENA XV

MARUJA, a poco DON FRANCISCO y DON OCTAVIO por la puerta del foro

Maruja coge la carta que antes ha escrito y la mete en un sobre. En seguida salen por el foro los dos maestros

- OCT. Ya estamos aquí otra vez.
- MAR. ¿Cómo han dado ustedes la vuelta tan pronto?
- FRAN. Porque hace mucho calor en el camino de los pinares y no es cosa de coger un tabardillo.
- OCT. Y porque su padre estaba impaciente por volver pensando si habría llegado ya el correo.

- MAR. Ahora mismo iba yo a buscarte. Acaba de venir el cartero.
- FRAN. ¿Y ha habido carta?
- MAR. Claro. ¿Qué te decía yo?
- FRAN. ¿La has abierto? .. ¿Las has leído? ¿Qué contesta?
- MAR. No he querido romper el sobre hasta que tú estuvieras delante.
- FRAN. Trae, trae... (Maruja le da la carta.) ¡Qué poco abulta!... ¿No será de Manolo?
- MAR. El sello es de Madrid.
- FRAN. Entonces es suya. ¿Quién va a escribirme desde allí si no?... (La abre.) ¡Un solo pliego!... No trae más .. Maruja...
- MAR. Veamos lo que dice...
- FRAN. Toma. (Al ir a dársela se cae el sobre.)
- MAR. (A don Octavio que se inclina a recogerlo.) No se moleste usted, Octavio.
- OCT. Deje usted. (Coge el sobre y lo mira, después contempla a Maruja; ésta se queda cortada y Octavio se la entrega.) Tenga.
- MAR. Gracias.
- FRAN. ¿Es efectivamente de Madrid el sello, Octavio?
- OCT. Sí, es de Madrid. (Vase sin dejar de mirar a Maruja.)

## ESCENA XVI

MARUJA y DON FRANCISCO

- FRAN. Anda, mujer. ¿Qué esperas? .. Mira la firma. ¿Es de Manolo?
- MAR. Sí.
- FRAN. Pues lee, que ya te escucho.
- MAR. (Leyendo.) «Madrid, 16 de Agosto. Queridísimo maestro: Con la pena que puede usted comprender, me he enterado de la desgracia que le aflige.»
- FRAN. Ya sabía yo que había de impresionarle mucho al pobre.
- MAR. «Ha hecho usted bien en acudir a mí antes que a otros de sus discípulos, pues aunque todos le quieran mucho, ninguno le querrá tanto como yo.»

- FRAN. (Muy conmovido.) Es verdad, me lo ha demostrado siempre.
- MAR. «Yo nunca podré olvidar que usted fué mi primer maestro, el que me enseñó a leer. Y por lo tanto, siempre estoy dispuesto a servirle.
- FRAN. Sigue... Sigue...
- MAR. «Me dice usted en su carta que la situación por que atraviesa es muy crítica, que las necesidades son muchas y los recursos pocos, y haciéndome cargo de ello me tomo la libertad de rogarle acepte como recuerdo mío lo poco que puedo enviarle y que recibirá mañana mismo. Bien quisiera que fuese más, pero mi posición no es desahogada y me es imposible hacer otra cosa. Admitalo sólo como una prueba de lo mucho que le quiere su discípulo, Manuel Rosales.»
- FRAN. ¿Ves, Maruja, ves cómo no me engañaba al confiar en Manolo?... Tenía la más completa seguridad de que no dejaría de auxiliarme. Si siempre fué muy bueno, si siempre me quiso... ¡Qué alegría!... Esta carta me convence de que no estoy tan alejado del mundo como yo pensaba... Aún hay quien venera mi nombre, aún hay quien se acuerda de mí... Trae, trae... (Coge la carta.) Mis alumnos no olvidan a su viejo maestro... Bendita sea esta ceguera que me envió Dios para demostrármelo. Octavio, escucha, Octavio... (Vase muy emocionado por la izquierda.)

## ESCENA XVII

MARUJA se queda un momento pensativa, y después de convencerse de que nadie la ve, se dirige hacia la cómoda, y de uno de los cajones, saca una hucha de barro. La contempla sonriente y va a hacer mutis con ella en la mano por la derecha, cuando sale DON OCTAVIO por la izquierda

- OCT. ¡Marujal
- MAR. ¿Eh? ¡Ay! (Tratando de ocultar la hucha.)
- OCT. No se asuste usted, Marujita, soy yo... Y no trate usted de ocultar lo que lleva ahí... Es inútil. Al recoger el sobre de la carta cono-

- cí la letra y lo comprendí todo. ¡Va usted a romper esa hucha!.. Es usted muy buena. Pero mi padre...
- MAR.  
OCT. No lo sabe, ni lo sabrá nunca... La acción de usted permanecerá ignorada. Es un secreto que debe quedar entre nosotros dos.
- MAR.  
OCT. Yo... Octavio... A nadie sino a usted podría ocurrírsele tal cosa. A usted que ha sabido condensar en su padre todos los amores que puede sentir una mujer. El de esposa, para darle esperanzas; el de hija, para consolarle, y el de madre, para conducirlo como un lazarillo.
- MAR.  
OCT. ¿Qué hubiera hecho otra en mi caso? Tal vez igual; pero no con la misma ternura que usted. Yo bien sé lo que para la hija del pobre maestro significaba esa hucha conservada tanto tiempo.
- MAR.  
OCT. Muchos años... Desde niña, ya lo sé. Guardó las primeras pesetas que se ahorraban para comprar una muñeca; luego para un vestido, del que se prescindió también, y así fué depositando en ella, siempre con sacrificio, lo poco que se ha logrado reunir, lo único que no se ha gastado en la casa... algo que representaba privaciones íntimas... Y a todo eso renuncia usted sin lamentarlo, sonriente, satisfecha de poderlo emplear en una bendita farsa que libra a don Francisco de un cruel desengaño... Maruja, es usted muy buena.
- MAR.  
OCT. ¿Yo? Sí; se despide usted de esas monedas que representaban una esperanza, sin una protesta en los labios, sin una lágrima en los ojos. Lo repito: es usted muy buena.
- MAR.  
OCT. Calle usted, por Dios. ¿Por qué he de callar? ¿Por qué no decir a usted en esta ocasión que tiene para mí algo de solemne, lo que no he dicho todavía?
- MAR.  
OCT. Pero... Es inútil que usted procure rehuir mi confesión. Ya es necesario que la escuche.
- MAR.  
OCT. Yo... Sí, usted, que por escrúpulos que yo he respetado, me obligó a no vivir en esta casa...

- MAR. Mis razones le convencieron.  
OCT. No; todo este pueblo juzga a usted como merece, no podía suponer nada que no le fuera a usted favorable. Pero, por tranquilizarla, por complacerla, viví en otra casa, aunque mi deseo me obligaba a permanecer en esta y nunca me faltaba un pretexto para venir al lado de usted. Pero esto, forzosa y desdichadamente, ha de tener un término.
- MAR. ¿Cuál?  
OCT. El momento irremediable, antes o después, de que don Francisco se convenza de la triste verdad. En ese día, que retrasaremos cuanto sea posible, ya no habrá pretexto ninguno para que siga ocupando esta casa, que será la del único maestro: la mía.
- MAR. (Con tristeza.) Es verdad. (Aparece don Francisco.)  
OCT. Pero puede vivir en ella si es la casa de usted... la de su hija.
- MAR. ¡Octavio!...  
OCT. Basta. Ya me han dicho sus ojos todo lo que quería saber.

## ESCENA ULTIMA

DICHOS y DON FRANCISCO, que avanza un poco

- MAR. Ah, padre, ¿estabas ahí?  
FRAN. Sí, aquí estaba.  
OCT. ¿Nos ha oído usted?  
FRAN. Desde la puerta percibí el rumor de vuestras palabras y me paré a escuchar, pero nada oí. Habláis tan bajo que vuestra conversación parecía algo así como una música lejana, muy lejana...  
MAR. ¿Como una música?  
FRAN. Sí, y por un momento, al sonido de ella, se han desvanecido las sombras de mis ojos y he visto...  
OCT. ¿Qué ha visto usted?  
FRAN. Pues allá, muy lejos también, unos niños a quienes enseñaré a leer y que me llamarán abuelo... (Abraza cariñosamente a Octavio y a Maruja. Telón rápido.)



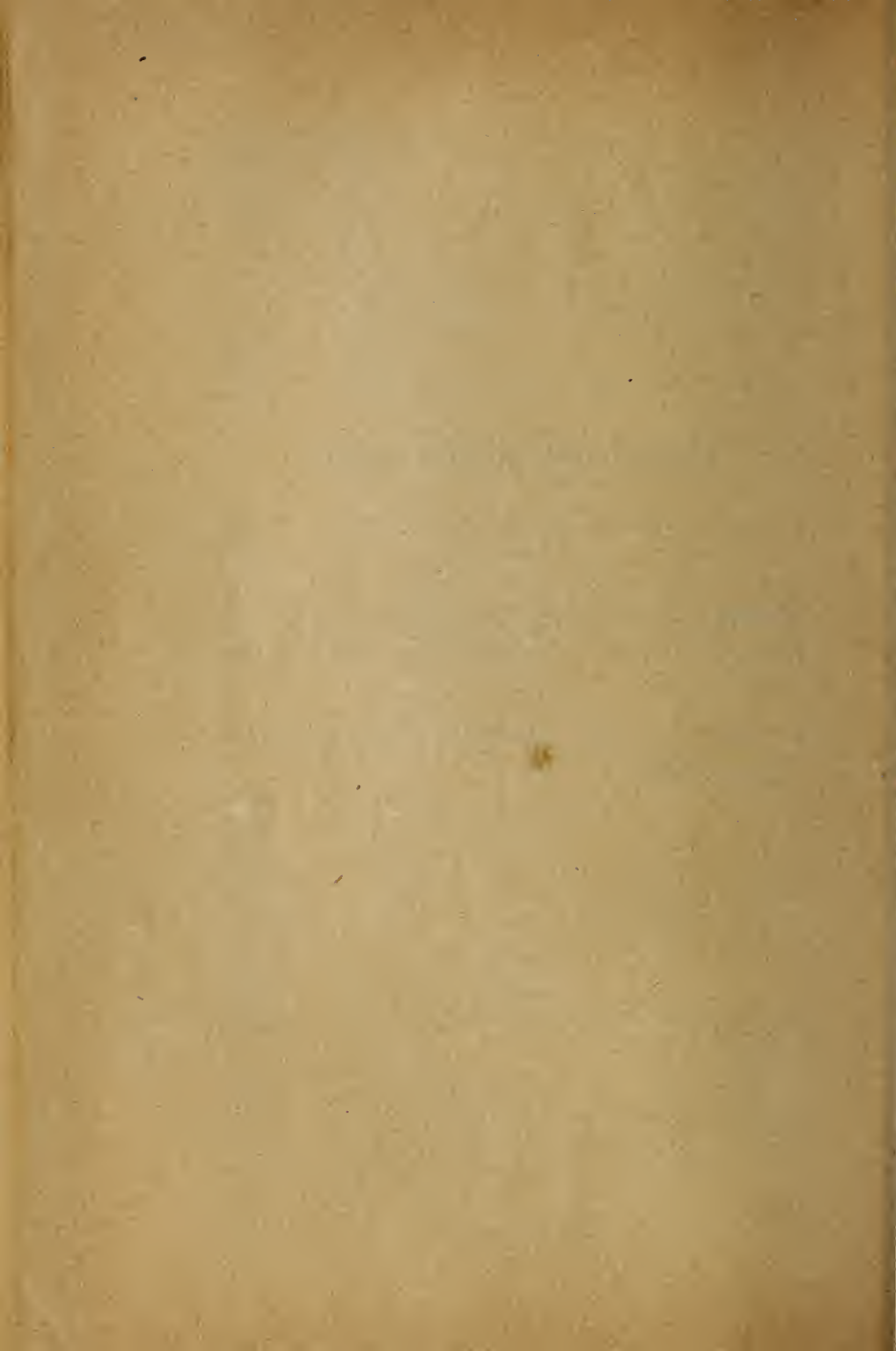
## Obras del mismo autor

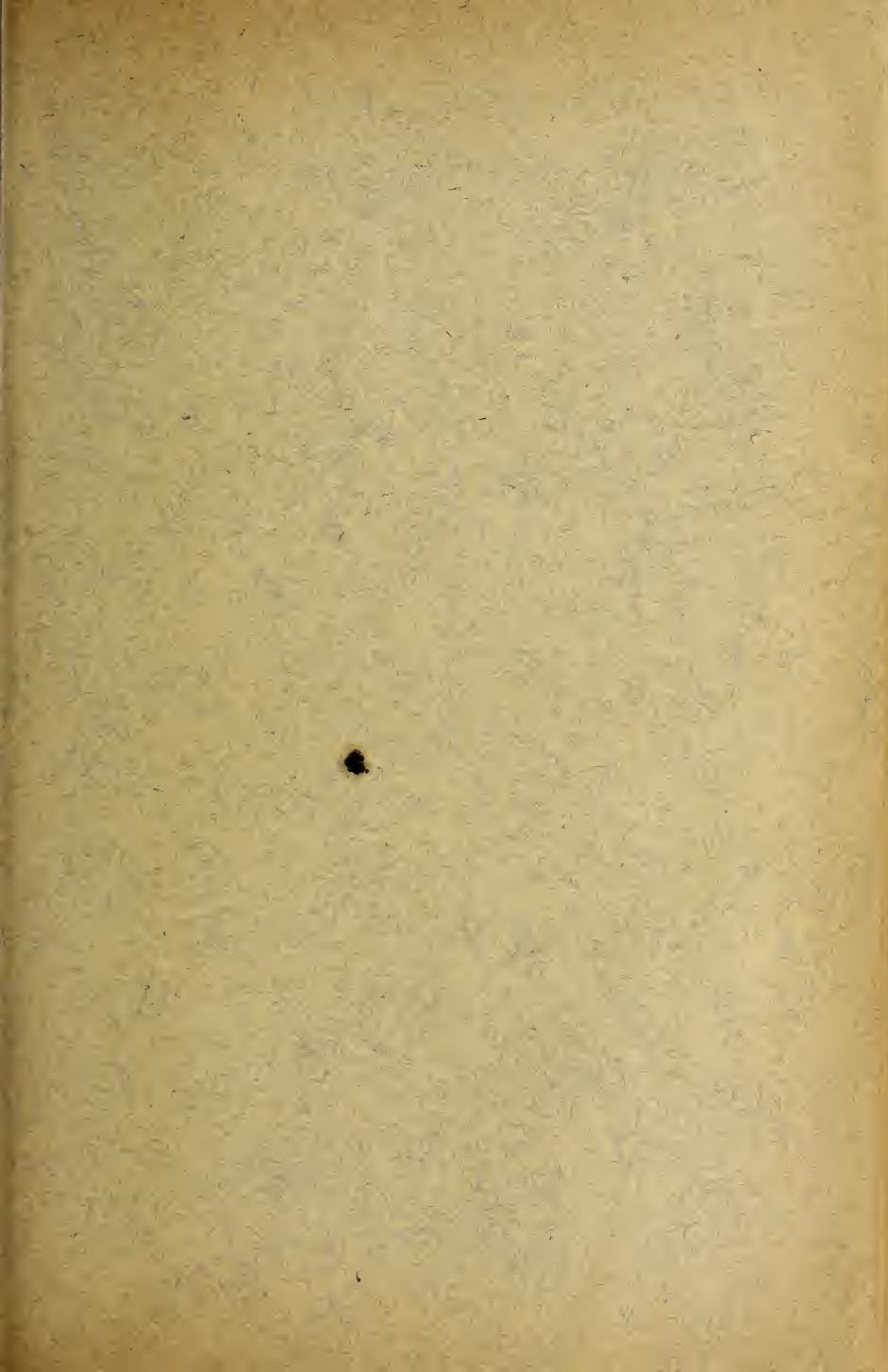
---

*Madrecita.*—Cuadro de comedia, en prosa, original.

*El nido de la paloma.*—Comedia en dos actos y en prosa, original.

*La leyenda del maestro.*—Comedia en dos actos y en prosa, original.





PRECIO: 1,50 PESETAS